	~
3-Tres poemas para decirle a Sofí	a que me acuerdo de ella
Zauriel A. Martínez Hernández	A halardo Hroelles Orúe
5-Para, por, sin, sol	bre, Ana Abelardo Urgelles Orúe
8-a esa hora Ana Gervasio	8-insurrección Ana Gervasio
9-Las cosas que sueño Agostina Fe	9-Esperando Gabriel Rodríguez
11-Radioterapia Ernesto Tancovich 12-Pálidas r	ninfómanas Ariana Isabel Fontán
15-Buenos Aires Bruno Schinoni	17-Huellas Eugenia Casuso
18-Costumbre LIEBRE (Judit Bellucci) 19-Mujer arcilla Marisel Calvo	
20-Historia de un lunes Itzia Ra	ngole 24-17 André Demichelis •-
25-Eras vos José Luis Astrada 31-S	Somos cinco Domingo Retamal H.
32-Sailor Moon tuvo la culpa Ivá	in Mata 33-La casa Silvina A. Ledesma
33-Bordes y umbrales Enzo Conforti 36-A primera hora, en la fría ciudad Cristian Felipe Leyva Meneses 36-A primera hora, en la fría ciudad Cristian Felipe Leyva Meneses	
lac A mimora hora en la fria ciu	Juan Cristian 2 - 17
3/-El unigemito massimi	40-Embrace it judier Gereusem
43-Mundo natal Sebastiá 44	-Loughin) - · · ·
45-No somos los únicos Vica	toria Radivoy e metrio Luis Parmenio Cano Gómez
54-Tokio, ida y vuelta Tohme	56-XXX [1],[2] Anant Ferrettu
58-Punta del agua (I) Sabrina 59-¡Desperter	g Barrego mos! Víctor Oscar Maldonado (Oski)
61-Hoy es dieciséis San	ste es un cuento corto Pablo Torres
68-Restitución del signo Rafael	Rodríguez Guerra 69-Explosión Yhonais Lemus
69-Excavación Yhonais Lemus 69-Caer par	ra subir (fragmento) Melodía Garay Alexander España Eraso y Alfredo
70 -ravidez del trazo Jonaman 2	Alexander 2-1
Villarreal	71-Géminis Nina Boquicio

73-La nada Fernando Bocadillos 74-Edipo en el sur C.F. Mas 80-Medusa y Perseo Diello de Borovnia 87-Golpe Federico Gabriel Espinosa Moreno

93-Suiciudades Ricardo Finochietto

97-El día de Adela Marina Klein 104-Encuentro de cuatro mujeres en Sarajevo Eva Bis

Tres poemas para decirle a Sofía que me acuerdo de ella

Zauriel A. Martínez Hernández

MEDIO TÍTULO

Tantos ensayos a mano derecha para que al final no dijeras "oh yes daddy" y en cambio pidieras más con esa voz entrecortada que te cargas.

De un momento a otro mis manos eran tus manos guiándome hacia vientos sin punto cardinal luego yo no era yo tú no eras tú y no había uno más uno en este dos.

No se le podía llamar amor más que a ratos sin tiempo nueve compases y otra vez.

Xvideos no me entrenó para esto ninguna de esas movies me dijo que me iba a salir un nudo en la garganta por las ganas de quedarme a abrazar más este impulso de vestirme y largarme que tantas veces ganaría.

Nadie me dijo que serías tú (y no ninfomanía en mp4) la primera gran venida tampoco me dijeron que no vendrías con una piel firme ni curvas al por mayor que el nombre de la belleza se escribía con estrías y arañazos en la espalda que una cintura así sería causa de un temor tan magnético.

EL PEOR POEMA DEL DÍA

Te dediqué tres y una canción de punk para que no pienses que he cambiado mucho.

Sigo siendo el que grita en sueños (ahora tu nombre) el que te quiere en anarquía sin lágrimas.

LLANTO Y APARTE

Hoy voy a gritar
o al menos lo intentaré
desde hace tiempo se me ha ido apagando la voz
y ayer me dio una infección en la garganta
pero vale la pena el intento
no sé para qué voy a gritar pero si sé que el volumen serás
tú
y si ese grito sirve para salvar un pingüino atrapado en volcanes
no estaría mal
pero yo lo que quiero es que el mundo no se acabe
porque si lo hace no tendré un lugar donde abrazarte
y pensar que todo está bien.

Tengo tanto miedo a que eso pase que voy a gritar hasta no sentir el pecho luego, me lo sobaré y volveré a gritar tengo miedo a que un día despiertes y algún periódico haya dado la noticia de que ya no hay esperanza.

Me aterra la posibilidad de que se apague la música y no me quede nada por cantarte que te aburras de mí como te estás aburriendo del planeta y yo me quedé mirando de lejos como desapareces sin poder hacer nada.

Tengo de que caigas enferma porque un doctor ineficiente no supo decir qué tenías de que no regreses a casa en la noche y que el causante quede impune por ser amigo de un político o policía de que el smog de la ciudad acabe con tus pulmones de que caiga un meteorito en tu casa de que regrese la peste negra o la inquisición o de que no pase nada y aun así valga verga.

Tengo mucho miedo y me enferma el puto mundo pero no puedo odiarlo tanto tengo esa imperiosa necesidad de intentar mejorarlo porque tú estás en él y ya que no sé cómo hacerlo me pongo a gritar de nuevo mordiendo mi brazo para que nadie me escuche

Para, por, sin, sobre, Ana

Abelardo Urgelles Orúe

Rebueno que todo está bien, que no soy el hombre ni ella la mujer que troquelaron, que no somos una casualidad ni una mala suerte y que teníamos que vernos otra vez y sabe cuántas hasta que la hipertensión deje de usarnos. Pensé que no iba a quererla; no sabía si revisar las fotos o borrarlas para ocultar nuestras siniestras posiciones. ¡Qué bueno es ser su macho y que hizo su parte porque así no perdió el pasaje y yo mi tiempo y darle mi frente y mi espalda fue un examen de madurez!. Estuve avergonzado y casi arrepentido de su habilidad y de las etapas del amor.

Escribir cómo nos conocimos comienza por el lazo rojo que subía la loma de Bohorque hacia el "hospitalito" de Baracoa. Yo en la bicicleta verde que le dieron a mi padre por inventar una pinza para operar las vesículas y que dio a su hijo con más amor que Rockefeller. A los 27 años sudé como un potro y así llegaba a la entrega de guardia; Hiram hacía lo mismo y desde más lejos después de besar a su guajira y nos sentábamos alrededor de la mesa a discutir los casos ingresados y operados sin hacer consciente que éramos los especialistas en Cirugía con el futuro de las tripas de Baracoa en las manos. A 22 años de distancia parece un sueño.

Una mañana Yura, la enfermera más puta y eficiente de todos los hemisferios me dijo que si yo era comemierda al no darme cuenta que la de los ojos verdes estaba loca por mí. ¡Claro que estaba loca, ... todavía, y en el 97 era casada con un buen borracho, profesor e hijo de dos apellidos que, como halcones, vivían en una casa encima de la gruta que también soporta al hotel donde siempre quise hospedarme y hacer el amor y eyacular mirando la bahía que antes debió estar llena de indias e indios desnudos, sin prejuicios ni sífilis. Tuve que mirarla y bajó las persianas que cuidan esas valinas de esmeraldas: Patognomónico de quien está pidiendo ser amada con urgencia y para siempre. Esa misma

noche, después de operar como el único cirujano del planeta, nos dimos el primer beso de los millones que tenemos en la agenda de esta vida. Por supuesto, tanto amor nos daba para soportar los desaires de la ciudad. Pero aquella bicicleta verde no le hacía caso a la lógica y los buenos modales de quien fue criado para no mezclarse con adúlteras y mucho menos con alumnas.

Desde Lindi la llamé dos veces hasta que pidió no repetir la evisceración de su matrimonio, recién recuperado del accidente que fue aquel romance. Miguel, el otro internacionalista perdido frente al Indico, casi me obligó a botar la foto gris que respiraba en la billetera y que un día desapareció intencionalmente en algún cesto del *Sokoine Hospital*, donde el Schistosoma, después de dragar los escrotos de África, me los dejaba en la puerta del quirófano, y a partir de entonces comencé a padecer de nostalgia por las mujeres que picotean sobre los hematomas de mi Centauro.

A veces te engañas y no aceptas que la voluntad de luchar contra el vicio fue inhumada en tu presencia, por eso pedí a otra ex alumna, quien trabajaba en el norte de Brasil, que se pusiera en contacto con la droga y le diera mi dirección en Curitiba. Aquella noche Zuckerberg no pudo dormir. No tenía descanso la noche. El predio gastó la cuota de electricidad asignada para la sala de estudio donde suponían que estudiaba y aprendía los protocolos mercantilistas del Sur para tratar a los humanos. Hablamos hasta de nuestras hijas que perdieron al único hermano varón en la batalla contra la cureta a la edad de tres meses. Es lo que no perdono porque, con certeza, sus manitas no alcanzaban para cubrirse la cabeza del filo insistente.

Sabes cuando la albaca marchita resucita bajo la lluvia? Más o menos me sentí de ese vegetal modo al escuchar a la que mantiene erecto mi gusto por las hembras. En celo saltó desde Goiás hasta el aeropuerto Alfonso Pena. Tuve varios intentos de fugas desde que tomó la decisión de invadir mi apartamento 148 en Batel. Esperé sentado, no quise pararme en la desembocadura de la terminal donde casi todos saben lo que esperan y otros levantan un cartelito. Después de 21 años nada es seguro y mucho

menos el sacro de una mujer. Llegó armada en Cleopatra. Nunca fue tan hermosa como hace un año. Mi barriga y la chaqueta de cuero ocultaban la alegría de la hormona, y en el ómnibus que hace el recorrido hasta la ciudad le di un beso transfusional, sin previo aviso hasta para mí. Son esos actos permisibles y obscenos que luego se encogen frente a las batallas sexuales en ayunas, postpandriales, diurnas y nocturnas. Sirvió un poco para que mis vecinos supieran que puedo trocar los ronquidos por el amor. Especialmente los que copulaban detrás de mi living a las 3 y 30 de la tarde con más de 70 años. (Cuando la fruta y la boca son cómplices de la gula te rebajas a lo insaciable). Nada era estrecho para llegar a los mismos campos húmedos donde antes patiné. Las fotos en el Jardim Botanico, en la Ópera de Arame y en las fuentes de Tanguá están en el yeyuno de la laptop y de su Samsung, si no las expulsó por otros paisajes más claros. Otra vez dijo que era mía y que su bote sólo iba a pasear en mi playa, sabiendo yo que el bote es del esposo, mi playa no tiene arena fija y ella es lo mejor que he tenido para ser instantáneamente feliz, como un bostezo anal en medio de una asamblea.

La esperé en aquel *sulano* piso 14 hasta que una ambulancia se encargó de avisarme que debía substituir la *Rua Lamenha* por la realidad de un corazón asustado de soledad y delirios de reconquista. Estuve en el borde, tambaleando sobre el andamio del destino. Opté por otro chance de cordura y juicio y también de humildad. Bajé de peso, de piso y de sueños. Me enamoré de las berenjenas. Habilité los bolsillos con aspirinas y seguí el camino inútil de los videos que me recordaban los años de estudiante y junto a Luisa, la flaca que me dejaba recuperar del oleaje emocional en el cuarto de al lado, llegué a la conclusión que el lazo rojo nunca es mío porque es un efímero trofeo inaugural en la subasta de las camas triangulares.

insurrección

Ana Gervasio

[este breve poema es irrefutable no requiere certezas ni enmiendas no tiene voz es mudo como la insurrección de las flores]

a esa hora

Ana Gervasio

como si se extinguiera la llama de un lámpara se apaga el último fuego que encendía el día.

un crimen silencioso, sin aullidos ni desesperación la inclemencia del mundo suele ser serena.

[a veces, a esa hora, me peinaba delante del espejo arreglaba un poco mi desdicha y esperaba un prodigio de la vida]

Las cosas que sueño

Agostina Sol Fernández

Las cosas que sueño las veo como hoy en la esquina y si lo único que

me da vértigo es esa marea roja que me inunda me mezclo

con los otros

voy, ando pausada no atrapo no quiero atraparlo! quiero esa presión en el ombligo el único vértigo es el miedo de no ser

feliz

por el miedo.

Esperando

Gabriel Rodríguez

De pronto siento que alguien me sujeta de la cintura, pero no logro ver quién. Estoy boca abajo, así me quedé dormido hace no sé cuánto tiempo, en el techo de esta casa vieja de Balvanera. Intento un movimiento que me permita darme vuelta pero las manos son fuertes, y creo percibir que también gruesas. Además la borrachera que aún vive en mí no me deja ser ágil. Las manos se separan. Una sube a mi espalda y allí pisa firme, la otra comienza a bajarme el pantalón. Borracho y todo entiendo que me quieren violar.

Trato de juntar fuerzas para decir algo, para hacer algo, pero no me sale. Siento la brisa de la madrugada en mi cola que ya está al aire libre. No sé por qué pero dejo de intentar una queja, y solo miro fijo la pintura descolorida de una maceta que no tiene planta

alguna. Escucho un ronquido de excitación detrás de mí, y justo allí me llega un dolor que me penetra hasta lo más profundo. Pienso en gritar, pero no quiero hacerlo. Tengo vergüenza. Abajo, en la casa donde había sido la fiesta, pienso que debe quedar todavía gente: hombres, mujeres, botellas vacías, sedas vírgenes en las mesas mugrientas, ceniceros repletos. Una lágrima me cae y termina recostada en la membrana sucia, del color de la luna.

Luego de un rato no siento dolor. El movimiento de sube y baja de quien me domina fluctúa de fuerte a suave y pausado, creo que no tiene un gran miembro viril, y eso ha sido bueno para mí. No me da placer pero tampoco me atormenta como hubiera creído, como siempre comentábamos en ronda de amigos, cuando imaginábamos cómo sería recibir un pene en el ano. La respiración se me entrecorta, la de él es potente y armoniosa con su trabajo entre mis glúteos.

Pasa un rato bastante largo. Ya no siento dolor en todos los sentidos en que podía sentirlo. Lo único que incomodándome íntimamente es la violencia acontecimientos, la brusquedad, el aprovechamiento. No digo nada hasta que presiento que llega el final, allí solo me sale, en un susurro, "por favor no me acabes dentro". Nadie contesta. Pero de pronto un líquido como de salsa de tomate hirviendo me recorre el interior hasta vaya a saber dónde. La respiración de él se vuelve jadeo de finalización. Siento rabia y pudor; volvió a violentarme en mi decisión, me descubro reprochándole mentalmente esa indiferencia. Se ríe de mi rabia una sensación que me transita el cuerpo. Hasta que se estaciona y va no siento más nada.

Cuando sale el sol de la mañana la casa está vacía, y yo la husmeo buscando signos de la noche que pasó. Luego, cargado de culpa e incertidumbre, decido ir a la comisaría a realizar una denuncia por violación. El oficial que me toma la declaración me mira indiferente. Sospecho que cree que estoy fabulando, e intuyo más certeramente que piensa que si no hice nada por evitarlo es porque lo estaba buscando. Termina de escribir en su máquina y se va hacia otra habitación sin decirme palabra. Yo me quedo esperando.

Radioterapia

Ernesto Tancovich

Sala de espera - Con Esther, 6.10 a.m

Interrumpiendo el soliloquio en que transcurren sus días me aprovecha en esta larga espera.

Que no se casó, me dice aunque tuvo muchas parejas. Una descocada, dice, no debe tener hijos.

Ayer pidió a dios le diera energías, me cuenta, y fue escuchada. Limpió la casa, lavó ropa, preparó una fuente para los gatos de los techos.

Llegó a San Martín en el 343, esa carreta desesperante, y luego de radioterapia abordará el 161 para la quimio en Florida este.

Sobrevivir es una competencia de triatlón.

Cuenta que a sus veintinueve, quizá por evitar lo que ahora pasa, las horas solitarias, la enfermedad, las molestias del vivir, tomó un frasco de somníferos.

"No es buen plan suicidarse" dijo aquel médico de guardia.

[&]quot;Dos fuerzas confrontan y se suele fracasar a medias.

[&]quot;Una se disparó en la sien y quedó ciega.

[&]quot;Ahora estudia en braille.

[&]quot;Podés tirarte al paso de un tren,

[&]quot;perder las piernas y seguir por la vida en un carrito". Esas razones la disuadieron, dice.

Ríen los labios empastados de bermellón. La cara es una trama de arrugas, el mapa vial de un país súper poblado.

Bajo la superficie todavía aletea aquella joven desdeñada por la muerte. librando su combate interminable en que todo el tiempo se anima a hurras de victoria y en que cae derrotada una y otra vez, todo el tiempo.

Pálidas ninfómanas

Ariana Isabel Fontán

Helena e Isabel mantenían un noviazgo que llevaba más de seis meses. El padre de Helena era albañil y la madre ama de casa. Los dos eran chaqueños y residían en la provincia de Santa Fe desde hacía veinticinco años. La madre, además, percibía mensualmente una asignación por hija adolescente. Dicha asignación no superaba los mil pesos y se daría de baja doce meses después de que la chica (Helena) cumpliera los dieciocho años. Helena era hija única y tenía la mayor parte de su familia en la ciudad de Resistencia. Sus padres solían viajar tres o cuatro veces al año pero Helena nunca los acompañaba porque Resistencia le parecía una ciudad de mierda. Prefería, en cambio, quedarse en casa viendo TV, leyendo, fumando porro o mirando películas; sola, con Isabel o junto a toda la pandilla. Sin embargo, era con Isabel (y solo con ella) cuando aquellos días sin sus padres se tornaban realmente gozosos. Helena e Isabel eran compinches y compañeras de curso desde el comienzo de la secundaria pero fue durante el verano previo a que comenzaran a cursar quinto año que empezaron a verse con otros ojos. Contribuyó a ello, quizá, que ambas se interesaran por actividades que el resto de sus compañeros de curso solían pasar por alto; actividades de índole

artístico y recreativas centradas principalmente en el cine y la literatura. Las dos descubrieron su fascinación por la actriz Kate Winslet viendo a dúo las películas "El lector" primero, y "Little Children" después.

A la primera ("El lector") la agarraron por casualidad una tarde en que se aburrían haciendo zapping en casa de Helena; las enamoró la temática del filme, las referencias literarias, el dramatismo que latía en cada uno de sus fotogramas, el erotismo impávido y rústico del personaje de Winslet y la apostura faraónica de Ralph Fiennes, a quién estaban acostumbradas a ver generalmente en papeles de villano. Enteradas de que estaba basada en una conocida novela ("El lector", de Bernard Schlink) se procuraron sendos ejemplares de la misma que devoraron en un santiamén, entregándose luego a excitados debates que conllevaban partes iguales de entusiasmo y lubricidad y que sucedían en las habitaciones de cada una de ellas alternadamente. Muchas veces Helena e Isabel hacían el amor recreando mentalmente las escenas más tórridas del libro y de la película, y en la penumbra viscosa de sus habitaciones, en medio del aire saturado de cannabis, las desnudeces reales y ficticias se fundían una sola corporeidad que parecía trascender temporalidad posible.

A la segunda ("Little Children") la rastrearon por Internet una noche de sábado en que faltaron a una joda organizada por sus compañeros de curso. Esta vez todo sucedió en casa de Isabel mientras sus padres no estaban y Estefanía vegetaba viendo televisión en la sala de estar. La película les resultó entretenida, conmovedora y terriblemente excitante y las puso en conocimiento de otro libro que en el argumento del filme ocupaba un lugar de relevancia: "Madame Bovary", de Gustave Flaubert. A las dos les pareció curioso que la mayoría de las películas que a ellas les gustaban estuvieran relacionadas con libros. Isabel tenía en la biblioteca familiar una vieja edición de bolsillo de "Madame Bovary" que se dispuso a leer junto a Helena mientras se sucedían las revisiones de "Little Children". Como era el único ejemplar que poseían (y ante la imposibilidad de fotocopiarlo) se reunían todos los días para leerlo al unísono en

una ceremonia muy similar a la que habían visto en "El lector". Esto es: una de ellas leía en voz alta y la otra escuchaba atentamente, interrumpiendo la lectura para hacer alguna acotación llegado el caso. Pero estas interrupciones, hay que decirlo, eran muy esporádicas y no entorpecían sino que potenciaban la natural fluidez de la narración. Las dos cazaron al vuelo el paralelismo existente entre los argumentos de la novela y de la película, que iban y venían sobre el zarandeado tópico de la infidelidad femenina. De la misma manera que Emma Bovary metía los cuernos a su esposo Charles con dos hombres distintos (Rodolfo Boulagner y el joven León Dupuis) el personaje de la bella Kate Winslet no dudaba en acostarse con un vecino del barrio en su afán desesperado por sacudirse las amarras que la aprisionaban a un marido demasiado gris y a un ecosistema social demasiado conservador y asexuado. Los desenlaces de ambas obras presentaban diferentes grados de dramatismo: Emma Bovary terminaba suicidándose con arsénico mientras que las peripecias de "Little Children" encontraban una conclusión mucho menos truculenta. De todos modos (pensaban ellas), la esencia era básicamente la misma.

La lectura de la novela de Flaubert produjo un hondo pesar en el ánimo de las chicas, que no pudieron sustraerse al destino trágico de la protagonista y que se vieron arrastradas por una negra melancolía que solo las abandonó al cabo de un par de semanas.

^{*} Este texto es un fragmento de la novela Pálidas Ninfómanas

Buenos Aires

Bruno Schinoni

Buenos días, Vietnam. Arde Troya Y los bomberos no llegan. Anuncian que un caballo, Puede que de madera, Entorpece su trabajo.

Buenos días
Buenos Aires,
Ciudad curiosa,
Con muchos puertos
Con miradas apuntando al mar
Deseando ser ese que fue:
Colonia
Pero sin colonia.
¿Cómo es eso?
Como suena.

Buenos Aires mató a Luca Y, si somos La París de América, Matamos a Camus. Asesinos por desprecio, Por envidia, Por ser militares de civil.

Good Morning, ciudad porteña. La de Gardel, La de mis abuelos, La de Yamila, De Walsh, De Sábato,

De Symns,

De mí.

Ciudad por donde corre la luna,

Y yo la sigo.

Ciudad que no escucha el susurro del mar,

Pero huele a petróleo.

Ciudad de muchas lenguas.

Nunca aborígenes

Siempre dealer.

Buenos Aires da para todo.

¿Temporada en el infierno?

Rimbaud bebió en el Británico

Y, en Once y Constitución,

Conoció donde los animales y el humano se encuentran.

¡Mala suerte la nuestra!

También caminó por microcentro,

Allí perdió las esperanzas,

Allí los bancos los aturdieron,

Las personas lo enumeraron.

Conoció la cloaca principal de la ciudad,

Con su Casa Rosada,

Con su cruz levantada y clavada,

Con su Je m'appelle Buenos Aires.

Borrachos bohemios en San Telmo,

Borrachos obreros en La Boca,

Prostitutas en Constitución,

Marginales en Once,

Un aire de esperanza entre tanta civilización.

Buenos Aires sin verde ni aborto.

Porteño sin barrio

Libros sin feria,

Pero con mucha mierda

En una Rural que apesta,

No por los animales,

Que son los únicos, Junto a los gauchos, Que le dan vida a los campos ¡Nunca de Mayo!

Buona notte Casa en orden, Donde todo se esconde, Y desaparece, Bajo la alfombra.

Huellas

Eugenia Casuso

Envidio ese arroyo como nadie, la forma en que rompe las rocas. Puedo distraer al despertador sólo cuando se burla de mi humanidad. Voces de niños se clavan en mi espalda, hacen de mí una prudencia de ojos cansados. Mientras un animal observa la noche los cautivos lamemos la sombra del que no tiene precio. Una mariposa entró en mi celda, se golpea y vibra. Tomo de sus alas la mínima huella de libertad.

Costumbre

LIEBRE (Judit Bellucci)

el signo de que hoy es hoy y que los hoy que vengan después estarán pavimentados de reglas mucho más arbitrarias que la fantasía. nos vi desde la altura de una tradición perdida, remontando barriletes sin hilo.

toda infancia es un atrás caleidoscópico de ahora. una estación de tren, unas vías que terminan.

LUEGO, una incitación a fabricar montañas, a proponerle linealidad a los laberintos, una comodidad de tumba abierta. PERO NO, una vez más sueño la humedad de un templo abandonado que se hunde en sus circunstancias y sobrevive a ellas.

DEBATE entre la muralla vencida de lo cotidiano y la avalancha de transgresiones invisibles regando con gotas pequeñas todo un cambio de imaginaciones estériles, moviendo sutilmente el límite como hormiguita laboriosa, como viento pariendo médanos nuevos en cada desierto.

ESO.

y CASI SIEMPRE o en cualquier AHORA de los que camino.

30 de junio de 2017. lomas del mirador.

Mujer arcilla

Marisel Calvo

Tras el último intento fracasado, voy a cumplir con lo dicho.

La mañana vislumbrará un día tranquilo, nublado, pero no del todo gris, tendrá reflejos canela por la contundencia del otoño y de la humedad que lo espesará todo. Soñolienta la mañana, con el río todavía alto, el paisaje vivo y el biguá, puedo verlo, el biguá sacudiendo sus plumas solitario y altivo, mientras algún vecino cocinará el pan amaneciendo mi apetito, entonces entraré a la casa para comer algo rico, lo más rico que haya, no voy a ir a la tienda para no demorarme con nada ni nadie. Después voy a raparme, algo así como un desmalezamiento del terreno, para que no se enrede el pelo con las antiparras que intuyo están junto con la malla enteriza en una de las cajas llenas de cosas que nunca me animé a tirar. Y cuando esté lista, tomando suficiente carrera voy a saltar del muelle al río. Y voy a nadar. Nadar hasta que me canse, hacer la plancha, dejarme llevar por la corriente y cuando me sienta fuerte retomar el nado, así una v otra vez hasta que el hambre o el frío me sucumban y justo ahí, cuando crea o sienta que ya no quiero más, volverlo a intentar, una vez más, una última vez, como lo hice con vos hasta hoy. Estaré agotada, con los pulmones sin espacio y las extremidades entumecidas, por eso no tendré reproches para los peces si las mordisquean ni para las embarcaciones si me arrastran. Y si algún desalmado me encuentra y por su tranquilidad mental simula salvarme, voy a lanzarle toda el agua sucia que haya tragado en mis propios intentos iracundos de no perder y con voz de muerte y hojas de sauce voy a escupir, soltame, dejame vivir.

Ya no podrá el agua sostener el peso de mi cuerpo hinchado, recién ahí voy a hundirme, disolverme y entre el suelo arcilloso del río, desaparecer.

Alguna tarde, tus manos, resecas por el paso de los años y el trabajo, intentarán levantar sobre el torno esa misma pieza que

siempre levantan, sin lograrlo ¡Oh, el fracaso! Y las vasijas bizcochadas, incapaces de ser, van a quebrarse cuando en el aire relinche mi voz estrangulada. Ha de abrigarte entonces una pena tan profunda que pareciera no pertenecerte, sin embargo tus manos... renunciarán sumergidas en arcilla blanda.

Y subirá el agua y destrozará el muelle. Allí mismo crecerá una araucaria.

El Delta. Buenos Aires

Historia de un lunes

Itzia Rangole

I

Es de todos conocido que los lunes son detestables. A nadie le gustan. Después de dos días de desvelos, desenfreno y ociosidad, al regresar a nuestra rutina nos acompaña la desilusión. Tenemos que reprimir nuestra montaña rusa interna, para adaptarla al carrusel de la sociedad. En esto pensaba Raúl, hombre de cincuenta años, chófer repartidor de una panadería. El cual se encontraba despierto en contra de su voluntad, mediante la ayuda de una coca cola y aspirinas, a las siete quince de la mañana, un lunes de tantos.

Raúl había dormido apenas cuatro horas. Su travesía de fin de semana había iniciado el viernes con unas cervezas en casa de un amigo, el sábado trabajo hasta las dos y, a partir de ahí, su vida se podría resumir en una palabra: desenfreno. El sábado por la noche se fue - como vulgarmente se denomina - de putas. Recuerda como una de ellas, de la cual no podría señalar con seguridad su edad o su nombre, le convidó un papelito. Ella lo puso en su lengua con un beso húmedo y desesperado.

No sabía qué era lo que había ingerido. El efecto le había durado hasta la madrugada del lunes. Sentía sus pupilas dilatadas, sus ojos muy abiertos y los colores brillaban. Se dio cuenta de cómo sus sentidos se intensificaron. Aunque su cuerpo estaba

físicamente cansado, a Raúl le era imposible dormir. Cerraba los ojos, pero los colores y los pensamientos continuaban cobrando vida en la oscuridad. Nunca en su vida se había sentido tan despierto.

Cerca de las dos de la mañana había podido conciliar el sueño. La alarma comenzó a sonar a las seis de la mañana, la primera de ellas; la segunda vino a las seis y quince, seis veinte, a las seis veinticinco el hombre resignado se despertó. Él salió de la cama, se puso los pantalones más próximos que encontró, un poco de desodorante, una camiseta, encontró las llaves y salió de casa.

La rutina era sencilla. Decir buenos días, sonreír a todo aquel que lo mire, no quedarse viendo a nadie fijamente y evitar hacer ridiculeces que delaten su estado. Raúl iba manejando la camioneta, llena de pan dulce, rumbo a una de las sucursales. Eran las siete veinticinco de la mañana.

A las siete veintisiete, Raúl recapitula el fin de semana en su cabeza. Eso es vida. Siempre envidió a los sujetos que salían de fiesta, invitaban la peda, llegaban acompañados de mujeres guapas, con la bocina retumbando de su camioneta. Sus fines de semana eran iguales uno tras otro: alcohol, amigos, mujeres y drogas ocasionales. Raúl no se consideraba un drogadicto, en su opinión él podía dejar el vicio cuando quisiera. Este era un lunes como cualquier otro.

Raúl se había salvado del molesto matrimonio y de tener que criar hijos. Dos ex novias decían que sus hijos eran de él, pero a él no le constaba nada. Sus padres bien podían vivir de lo que sus hermanas les daban. No lo necesitaban y a él el dinero no le sobraba. El truco de su independencia consistía en no atrasarse mucho con la renta, pagar siempre a la señora de la fonda que le fía durante la semana, e ignorar estoicamente todos los avisos de pagos atrasados del banco. Para Raúl, él vivía la buena vida: diversión, rebeldía y placer.

El reloj marca las siete veintinueve, Raúl está a dos cuadras de llegar al cruce del bulevar. Lo bueno de su ruta es que el camino

está casi desierto, uno que otro coche, uno que otro peatón, una señora madrugadora barriendo la banqueta y un pepenador.

El reloj marca las siete treinta y dos cuando Raúl pestañea. Ha detenido la camioneta al final de la calle, antes de iniciar el bulevar. Experimenta un efecto retardado de la droga que ha consumido el sábado, pierde la noción del tiempo y del espacio, no se percata de que en un momento cierra los ojos y, en otro, se queda mirando fijamente al vacío. Le cuesta entender dónde está y qué está haciendo. La subida de azúcar al tomar la coca cola, se está disipando en su organismo. Está cansado. Volvió a cerrar los ojos. Los abrió de inmediato, en estado de alerta, al intentar retirar el freno, sin querer, se dio de reversa, intempestivamente.

A las siete treinta y cuatro, se escucha un chillido en la calle. Raúl se sobresalta al sentir que golpea algo con la parte de atrás de la camioneta. La chica está inconsciente en el suelo, el golpe contra el metal la empujo fuertemente contra la calle de cemento.

П

El nombre de la chica es Carolina. Cruzaba la calle para dirigirse a su trabajo, es la asistente contable de una empresa. Venía caminando como todos los lunes de su casa. Su horario oficial de entrada era a las ocho de la mañana, pero le gustaba llegar de quince a diez minutos antes. Aprovechaba la ventana de tiempo para retocarse el maquillaje, encender la computadora, regar la planta de su escritorio y encender incienso.

Carolina se había despertado a las cinco y media de la mañana. Salió de su cuarto, dirigiéndose a la cocina, se sirvió un plato de yogur con plátano y cereal. Cambio el agua del tazón de su gato. Al bañarse la tarde del día anterior, su cabello lucía limpio y sedoso a las cinco cincuenta de la mañana del lunes.

Fue al baño a lavarse el rostro, cepillarse los dientes y aplicarse crema para peinar en el cabello. Hidrató su cara con crema, se realizó una trenza francesa con un pañuelo. Camino desnuda por la habitación hasta ponerse un conjunto de lencería negro, una blusa de vestir color lavanda, fajada en un pantalón negro de vestir y zapatos negros.

A las seis cuarenta de la mañana, Carolina revisa su bolsa, se cerciora de llevar su cartera, su libro y su bolsa de maquillaje. Fue un buen fin de semana, había ordenado sushi, había visto algunas películas, leído un poco, arreglado sus uñas y limpiado su departamento. Son las siete diez de la mañana cuando gira la llave cerrando la puerta de su casa, le ha dicho a su gato que luego regresa.

Coloca los audífonos en sus oídos, reproduce Smells Like Teen Spirit. Después sonará In Bloom y Endless, Nameless. Han transcurrido veinte minutos hasta llegar a este momento.

Ш

Son las siete y media de la mañana, Carolina se encuentra en la acera de enfrente a la cual está la empresa donde trabaja. Golpea sus dedos contra su pierna al compás de la música, sigue siendo Cobain, pero no identifica el nombre de la canción.

Son las siete y media de la mañana, Raúl está perdido en su mundo de fantasía. Son las siete treinta y cuatro de la mañana cuando el accidente ocurre. Segundos antes, Carolina había pensado que no había problema alguno en cruzar la calle detrás de la camioneta de la panadería. Se le antojó el pan cuando sintió el golpe. Perdería la movilidad de por vida de sus miembros inferiores, en sus malos días se reprochará severamente el no haber cruzado la calle por delante de la camioneta.

A partir de las siete treinta y cuatro de la mañana, de un lunes cualquiera, el cuerpo de Raúl comenzará a desintoxicarse. Durante la detención, interrogatorio, juicio y condena, no pudo consumir ningún tipo de sustancia que alterara su realidad. El refresco de cola, los cigarros y las aspirinas serán su único escape. Por las noches mirará el techo de su celda, pensando que si ese lunes en particular, no se hubiera quedado dormido, mientras manejaba, hubiera podido continuar con su vida allá afuera, vivir libre otro lunes.

17

André Demichelis

subí al 17 y me senté, saqué un libro y me puse a leer un poco y a mirar por la ventanilla. Y en avellaneda, desde el fondo del colectivo, escucho "¡devolvémelo!", me doy vuelta y un tipo de traje asomado a la puerta ve cómo un pibe se aleja corriendo con su celular. Y una señora "yo lo vi cómo miraba el celular" le decía al tipo que gritaba "¡vení para acá! ¡Devolvémelo!". Y me dije "no hay chances de que vuelva y se lo devuelva". Y pensé qué hubiese gritado yo si el pibe me robaba el libro. Le gritaba "¡no lo subrayes!" o "¡fijate el capítulo dos qué gracioso!" o "¡después contame el final!". Entonces fui hacia el tipo y le dije "te lo presto" y le di el libro. "¿Tiene wi fi?" preguntó. "Tiene personajes interesantes, y el capítulo dos es muy gracioso". "Bueno" dijo "lo voy a probar y después te llamo a ver qué me pareció. Pasame tu número" y buscó su celular y se dio cuenta que va no lo tenía, "jejeje" nos reímos. Y ahí volvió el pibe "me intriga" dijo y manoteó el libro, le devolvió el celular y se fue corriendo. Y la señora "yo lo vi cómo miraba el libro". Me asomé a la puerta y le grité "¡después contame el final! ¡NO LO SUBRAYES!".

Eras vos

José Luis Astrada

Jordi era un crío que cantaba, creo que en francés, una canción que hace muchos años fue famosa. Por esa canción a mí me decían Jordi, porque cantaba el estribillo todo el día.

-Jordi, tomá- dijiste, me acuerdo, Giuliano, y me pasaste el porro. Lo tomé casi con las uñas, lo puse entre los labios y le hice una seca.

-Calor de mierda- dijiste mientras te sacabas la remera. -Tenés para una birra?

Le hice una seca más al porro y te lo devolví.

-¿Qué querés? ¿Qué haga frío en medio del verano?- te dije.- No seas boludo, Yul.

No respondiste. Mirabas hacia el fin de la calle. Todo estaba vacío y silencioso, como si se hubiera muerto.

-¿Y, tenés o no para que tomemos? No me irás a decir que justo vos no tenés unas guitas para la birra?

-Sí, sí tengo. Para unas cuantas. Pero esperá, ya que abra el gordo, voy.

Sacaste de la etiqueta un pedazo de papel, lo plegaste para hacer la tuquera. Pusiste el resto del faso ahí y lo encendiste. Me pasaste para que le haga la última seca. Mientras aspiraba con lenta fuerza, te vi arremangarte los pantaloncitos hasta que quedaron como calzoncillos. Me acuerdo que no tenías nada de pelo en los muslos oscuros.

-¡Sos negro, hijo de puta!- te dije, sin dejar de mirar tus piernas.-Mirate, hasta arriba sos oscuro-. Me doblé de la risa. Yul, vos no

dijiste nada, te reíste conmigo.- Bueno, voy a ver si abre de una vez el gordo de mierda ese.

Crucé la calle, bajo el sol de las cinco de la tarde. Vos seguro me viste caminar por la vereda y desaparecer detrás de las casas nuevas.

Cuando volví, seguías tirado en el mismo lugar, casi acostado sobre el banco de hormigón. Te vi hacerte pasar la mano por el pecho y el abdomen, haciendo correr la transpiración hasta acumularla en el ombligo.

La oscuridad estaba por todos lados, y por todos lados gente, cuando nos dimos cuenta de que era de noche ya. Nos habíamos clavado varias cervezas. Una vez iba a comprar yo, otra, vos. No sé a qué hora decidimos irnos. Tomamos la avenida, eso me acuerdo.

- -Le tengo unas ganas a la Rubia- dijiste, mirando la calle-. El sábado me la saco de una.
- -Esa mina no es para vos, Yul. Te va a hacer mierda.
- -¿Qué sabés, vos?
- -Posta, Yul. No es para vos.

Seguimos caminando sin rumbo fijo. Creo que sí sabías por dónde íbamos, pero que no querías decírmelo, por joderme no más. Yo te miraba de costado, para que no me dijeras que te estaba mirando mucho. Pero lo mismo te diste cuenta.

- -¿No serás puto, vos?
- -Andá a la mierda.
- -No te calentés, Jordi. Sabés que te estoy jodiendo.

-Siempre es la misma joda. Ya me dijiste como veinte veces si soy puto. No sé qué te preocupa tanto.

Se hizo silencio, como si de pronto todo estuviera dicho. Por algunas cuadras, cinco o más, ni siquiera te miré de costado. Sabía que venías a mi lado o algo detrás de mí, pero no te miraba.

Cruzábamos las calles sin importarnos los autos ni los bocinazos ni las puteadas.

-¿Jordi: vas a ir a lo del Falopa?

-No sé. Creo que sí. Es más lejos que la mierda.

Guardamos silencio. No quería hablar, era como si se me hubiesen ido las ganas de decir una palabra. Sentía la cabeza como si estuviera llena de aire o más grande, no sé. Al llegar a la plaza frente de la Industrial, subimos hacia el oeste, hacia mi casa. No me acuerdo bien de lo poco que hablamos.

Entramos a casa. Había solo silencio. En mi dormitorio, el aire encendido había enfriado hasta las paredes. Recuerdo que te sentaste en la silla del escritorio y te pusiste a girar, cerrando los ojos.

-Me voy a bañar.

No dijiste nada. Solo dejaste de girar y me miraste. Me desnudé y me fui a bañar.

-¿Por qué somos amigos, si vos sos tan chetito y blanco y yo un negro del sur?- me preguntaste cuando salí de la ducha, sin secarme porque no encontrabas una toalla para pasarme.

-Aquí están las toallas, donde te dije. ¿Ves?

-Bueno, no las vi.

-Está bien.

-Entonces, decime por qué.

Te miré durante unos segundos, tiré la toalla al piso, busqué, con lentitud, un bóxer en el guardarropa y me lo puse.

- -Porque no nos llevamos mal, supongo. Porque nos gusta más o menos la misma música. Porque nos gusta la birra y el faso. Porque a vos no te parece mal ser amigo de un blanco chetito, como vos decís. Ni tampoco te parece mal ser amigo de un blanco chetito puto, como vos decís, también.
- -No te calentés, flaco. Te jodo, no más.
- -Pero es una joda en serio. Porque te embolan los chetos, los blancos o los putos. Y estás todo el tiempo jodiendo con eso para ver si te digo algo para mandarte ir a la mierda. ¿O me equivoco? Pero mientras estás meta birra conmigo, no te calienta que sea cheto o lo que sea.
- -Uh, pará, loco. ¿Qué te pasa? Ya está, che, ya está. Te decía, nada más.
- -Bueno. Pasa que siempre estás con eso. Pero, bueno, ya está.
- -¿Me puedo bañar?
- -Sí. Usá esta toalla porque no tengo otra ahora.

Te desnudaste delante de mí, sentado en la silla, y te quedaste mirando el piso, con las manos sobre los pies. Lentamente las subiste hasta los muslos.

- -Tengo menos pelos que vos, Jordi. Y mejor físico.
- -Porque sos negro y pobre.

Nos reímos los dos. Te levantaste y te pusiste a contraer los músculos, para que se notara.

-Tocá, tocá.

Me levanté y toqué tus bíceps. Yo te hice tocar los míos. En algún momento el juego dejó de serlo para convertirse en otra cosa, en otra competencia.

Después, ya no te quisiste bañar. No lo dijiste, solo te levantaste del piso, te sentaste en la silla giratoria, mirando el piso. Yo me senté en la cama. Me levanté y busqué en la mesita de luz un armado. Lo encendí y le hice una seca en serio. Te lo pasé casi sin mirarte, vos lo recibiste y fumaste unas cuantas pitadas sin parar. Me levanté y encendí la compu, busqué el archivo de música. Puse lo primero que encontré. La música se oía fuerte, fuerte. Volví a sentarme en la cama.

-Está bueno- dijiste, mirando el faso.- Pega bien.

Te sonreíste, pero sin mirarme. Me pasaste el cigarro. Lo recibí tratando lo más posible no rozarte siquiera. Después, empezaste a vestirte con mucha lentitud.

-Me voy, Jordi. Nos vemos.

-Dale. Te mando mensaje.

Caminamos hasta la puerta de la calle. Ya era completamente de noche. Te volviste de repente e hiciste el gesto de querer abrazarme, pero te volviste, confundido, hacia la calle. Yo tenía los brazos caídos al lado del cuerpo.

-Chau- dijiste y la noche te desapareció.

No sé por qué, pero no nos hablamos por una semana, más o menos, ni siquiera un miserable mensaje. Nada de nada. Y un día apareciste. Yo estaba en la vereda, tirado, fumando y escuchando algo de música. Llegaste, te sentaste a mi lado. Te invité cigarrillos. Fumamos en silencio, hasta que me cansé del silencio.

-¿Vamos a tomar unas birras? Voy a buscar guita.

-Dale, vamos.

Nos levantamos y entramos a la casa. Me puse a buscar algo de plata. Iba reuniendo billete a billete que encontraba en los pantalones que estaban en el placard o en la cama.

- -Lo del otro día...
- -¿Qué con eso?
- -No sabía, Jordi, que vos...
- -Yo tampoco sabía que vos...

Creo que vos no esperabas lo que dije, porque te quedaste callado. Me llegué a vos y te puse la mano en el hombro.

-No pasa nada, loco. Nada.

Me agarraste la mano y me la tuviste así por unos segundos largos. Y me mirabas a los ojos. Me tiraste hacia vos y me abrazaste. Y se repitió la primera vez, por segunda vez. Y a los días siguientes fueron las otras veces.

Y ahora, me decís que yo lo inventé todo, que deje de mentir, que los otros te matan si se enteran de lo que yo digo.

Y ahora, Yul, ahora vos de pie y yo en el piso, los dos temblando, los dos asustados por no saber qué mierda hacer, porque yo me desangro y vos no tenés idea dónde tirar el cuchillo.

Somos cinco

Domingo Retamal H

Esto no es una pipa

Pero Ganimedes cae justo encima de la pipa

El canto de las aves

Es la música del fin del mundo

Ganimedes cae

Y nosotros juntamos ceniza

Juntamos ceniza

Y juntamos ceniza

Ganimedes cae

Y nosotros deshilachamos cigarros

Ganimedes cae hermoso

Y se come al arrebol

y se come al horizonte

y el caos es el orden perfecto

A nosotros todo nos importa una mierda

Somos cinco y estamos calvos de tanta esquina

Pálidos de tanto paco.

Sailor Moon tuvo la culpa

Iván Mata

Yo no quise ser gay pasivo pero Sailor Moon me enseñó a morder almohadas más bien debí ser activa y varonil discreta por si las dudas incluso inter de a ratos ruda y salvaje duro y dale contra las almohadas

Yo no quise serlo para evitar el bla bla bla de mi padre ¡los jotos sufren un chingo! ¡los jotos se mueren! ¡los jotos no son felices!

pero la pinche Sailor Moon me enseñó a esconder la cabeza en mis pugnas contra la soledad

y es preferible

esconderme para evitar el balbuceo de unas encías que perforan mi oído.

La casa

Silvina A. Ledesma

Aquello no era un hogar, ni siquiera el esbozo de algo que se le pareciera. Aquello era a veces, el infierno.

Incluso a pleno día la casa se veía deprimente, oscura, intrínseca. Incluso las paredes impregnaban en sí la tristeza del tiempo y el olvido. En ellas se encarnó el dolor de mis recuerdos.

Divagué noches y noches sobre cosas inútiles, sin remedio, sin sentido; bajo el pálido techo; perdiendo la mirada y los días en sus rajaduras, en sus huecos vacíos.

Y nosotros nos parecíamos a la casa, llenos de fisuras, de huecos en el alma, de vacíos infinitos de tristeza amarga e indecible. Éramos mudos; como la casa, tan llena de silencios.

27/5/2011

Bordes y umbrales

Enzo Conforti

La humanidad es una especie que no tiene miedo a perderse en la agonía del espacio, pero que se aterra cuando se acerca a bordes y umbrales que no reconoce. Esa premisa-semilla caló en la carne y, a falta de jardinería, se volvió una maleza de raíces profundas y ramas muy duras. En ese bosque frondoso, de curvas de geometría imposible, el viento pasó y arrancó sonidos y voces que, montados en tenores histriónicos, le hicieron creer al resto del bosque que los bordes y los umbrales no eran más que amenazas para la naturaleza.

Ajeno a ese ciclo infinito, hay alguien que no quiere seguir caminando. No es miedo, pero se siente parecido. Esa sensación

que le atraviesa nada tiene que ver con la inyección de adrenalina que se clava en el torrente sanguíneo para mantenerse con vida ante lo peligroso. Nada de eso. Es una sensación de desasosiego que amasa una bolita de cera en el hígado; primero, genera un asco inentendible, pero crece, y crece, y crece. Al final, es una sensación que inunda todo el cuerpo y parece que va a escaparse al abrir la boca para hablar. Es algo que también se siente en la boca, pero que ahí da placer. Pasa de un extremo al otro, y atraviesa cada partícula de la lengua, y rebota en la carne blanda que, cuando niño, nadie escapa de morderse. Pero también siente el dolor y el sabor dulce de la sangre y la culpa. Todo eso es la culpa.

Culpa a los umbrales, culpa a los bordes.

Todo el bosque se encargó de tejer un ecosistema donde cruzar un umbral es cruel, y donde todo borde es anormal.

Ese alguien está, al mismo tiempo, frente a las dos dicotomías. Cerca, hay un tren que está quieto hasta que suban los últimos pasajeros y se cumpla el horario de salida. No va a esperar a que se terminen de incendiar (o no), la indecisión de ese alguien.

-¿Vas a despachar la valija? -Le pregunta el pibe que lo mira sin percibir lo que le sucede adentro -. Che, loco.

Al no recibir respuesta cierra la compuerta que protege los bolsos con un golpe seco de chapas. A ese alguien, los ruidos imperceptibles que pertenecen al mundo onírico, pero injusto, de los que habitan en esa región sin estado, se le vuelven susurro.

Una colilla agoniza bajo la suela de goma de un zapato; un beso llega como eco desde otra plataforma; la voz distorsionada anuncia una partida, y con un grito piden que esperen un ratito. Se imprime un pasaje, se cae una taza de café. Pasa la página de un diario a los obituarios.

Le late el corazón.

Tiran la cadena en el baño; suena el timbre de un microondas del bar; y alguien mete diez pesos en una máquina para sacar ositos. Llora un bebé con hambre.

Le late el corazón.

Las patitas de una rata la salvan de un escobazo que choca contra el zócalo de una pared, se prende una computadora, alguien cuenta siete pesos en monedas y le agradece al kiosquero.

Le late el corazón. Le late más fuerte.

Ahora, el umbral se ve como una decisión, y el borde no parece tan grave. No hay cacofonías, en cambio hay una armonía necesaria. Cuando empieza a cruzarlo, dando pasos que lo alejan de la estación, le late todo más fuerte.

La estación de trenes se oxida y retuerce como un cuerpo sin sangre. El tren se aleja, anacrónico, hacia un destino que todos conocen y con las entrañas de metal llenas de temerosos de los bordes y los umbrales.

Pero alguien no se subió y eligió quedarse ahí, en el borde de los bordes, bajo el umbral de los umbrales.

La copa que se cae en el vagón comedor es un brindis inverso; un lamento de una herida de sangre.

No va a volver a esa estación, ni a ninguna otra.

Entre la geometría imposible de la enredadera de la humanidad, se escapa una gota de semilla sin fruto. El deseo es el borde y en el umbral, el elixir es un placer redescubierto.

A primera hora, en la fría ciudad

Cristian Felipe Leyva Meneses

Ese rincón de la calle era una madrastra cruel. Allí le hallaron tendido, distanciando, triste. Y entonces él afirmaría, antes que todo, y sin que nadie se lo preguntara, afirmaría ser un abogado caído en desgracia o un adicto a las drogas de toda la vida; las noches anteriores, lo vieron dormir sobre unos costales viejos, unos costales que seguramente había robado de un cultivo de flores o de hojas de coca, dicen también, que se apoyaba sobres unos cartones que desprendían un grosero aroma a dulces de limón, que los cartones hacían las veces de colchón. Que se arropaba con unos periódicos que iba cambiando, día tras día, y que ese día, su último día, se había arropado con la prensa que tenía impresa la noticia del muchacho decapitado, el que era un comerciante honesto o un mecánico joven. Y que así, arropado y todo, había sangrado o llorado la noche entera, y a pesar de los fluidos, y del innegable sudor que desprendió producto de los escalofríos, la tinta que se hallaba en su cobija de papel, no se había manchado o corrido, ni siquiera un poco, nada. Por último, cuando el día hiciera su aparición y sus primeros rayos se deslizaran entre los rascacielos, él moriría, poseso de los delirios producidos por un parásito cerebral o por la iluminación profética de algún dios que todavía no tiene nombre, moriría, en los brazos de un sacerdote jesuita, o entrando en la ambulancia de un paramédico principiante como Yo.

El unigénito

Angelique Reid

Me hallaba frente a un hoyo de tres metros de profundidad. Recuerdo haberme arrancado el crucifijo que me regaló y arrojarlo junto a ese cajón que guardaba su cuerpo inerte. Mi poca fe se fue con él.

Pasaron los años y con ellos se afianzó la incredulidad y aprendí que hay cosas que no valen la pena: Yo no valgo la pena.

En mi profesión he visto la mierda, la muerte, la sangre y su hedor. He apuntado a la miseria con mi lente, me han apuntado con una AR-15 a mi rostro y nunca demostré terror, horror... siempre esperando de cierta forma a que ese gatillo fuera jalado.

Siempre he vivido al límite, siempre buscando desafiar a la muerte, a Dios, al Diablo o lo que sea que se suponga sea un ser superior.

Los actos de fe, la bondad y el cielo, es solo una estúpida ilusión que me hace más daño que la idea de un castigo eterno... No soy valiente, solo hago cosas estúpidas... solo digo que hay que despertar, nuestro papel en este mundo es insignificante.

La guerra cruel, mi trabajo bien hecho, mi jefe queda complacido me mira fijamente y me dice:

- Parece que te alimentaras del dolor, porque donde quieras que pisas parece que el mismo demonio hiciera presencia.

No quise mirarlo, ya tenía demasiado en mi cabeza, como para añadirle una paranoia más.

Tomé mi cheque y salí de su oficina sin decir nada.

Tal vez el estúpido comentario tenga sentido, quién no se alimenta del dolor estando en medio de tanta muerte...

No es que sea cruel, pero las cosas son como son. Estando en ese lugar lo que menos puedes sentir es compasión.

Sé cómo se siente dejar personas que te importan atrás y seguir como si nada... no es fácil nunca lo es... pero debes continuar o te asesinan.

Las noches comenzaron a volverse largas y extrañas... ahora siento un vacío, como si alguien me hubiera despedazado por dentro.

Ahora nada me importa, me da lo mismo si hace sol o llueve fuertemente, al tiempo que mis fotografías eran más viscerales y explícitas.

Mi lente comenzaba a fotografiar la maldad en todo su esplendor, pero nunca desde un punto de vista social... no, era como si quisiera ponerla en un pedestal...

Ya no me interesa socializar, solo fotografíar... fotografías extrañas y bizarras, el dolor ya no importa.

Una mañana como cualquier otra me miré al espejo y sentía que no me reconocía, me sentía ajena a mí y cosas extrañas ocurrían a mi alrededor.

Era como si un halo de tragedia se hubiera apoderado de mí, era como si la parca me hubiera heredado su guadaña.

Cualquiera que se acercara demasiado tenía un final sangriento... extraños accidentes, dolorosas muertes.

Comencé a acostumbrarme a que me dijeran que soy el mismo Lucifer, dejé de mirarme al espejo, dejé de sentir...

¿Y si el infierno es mi verdadero hogar? Cualquier cosa es mejor que estar aquí.

Nunca disfrutaba de nada... comencé a cuestionarme por qué a mí...

Como si haber nacido se hubiera convertido en una maldición. Mi infancia no fue fácil un padre ausente y una madre que me odia... una madre que me dice que jamás ha rezado por mí... que soy un simple accesorio del cual debió deshacerse hace mucho tiempo y por más que traté de ganarme su amor nunca lo logré.

Siempre tratando de agradar, de ganarme su afecto... tanto rechazo de cierta manera me quebró... por eso la fotografía, captar mi dolor en tragedias ajenas.

Desde el principio supe de mi adopción, que era más una cuestión de imagen que de amor...

Nunca quise saber quién era mi madre biológica, hay cosas que no quiero saber.

Por qué tanto rechazo...

Una tarde quise rezar... quise sentir algo de alivio, dejar de pensar que estaba cayendo a un abismo infinito.

Entré a esa catedral barroca divina y frente a ese enorme Jesús mutilado, torturado y crucificado le pregunté:

- ¿Por qué?

Hubo silencio... las veladoras se apagaron y el hijo de Dios lloró sangre y cayó a mis pies.

También ese día lo que quedaba de mi alma se quebró y la compasiva humanidad se fue de un soplo.

Fue una mezcla extraña de todo tipo de sensaciones como si algo dentro de mí mutara y se carcomiera lo que era, se carcomiera la inocencia que mi corazón celosamente custodiaba.

La tristeza fue rápidamente reemplazada por un odio profundo, por la ira que dominaba hasta mis huesos y por primera vez sentí que el mundo estaba a mis pies. Miré con desprecio al Jesús despedazado sobre el suelo y levantando mi vista al altar y con una sonrisa socarrona dije que el diablo también sabe de tiempos perfectos.

Mientras salía de la catedral a cada paso que daba los santos caían a pedazos y al estar de pie en la entrada vi que el cielo lloraba... lloraba porque Lucifer reconoció a su unigénito.

Ese es el comienzo de mi tragedia, el comienzo de la muerte del cielo, el comienzo de la encarnación del infierno en la tierra.

Embrace it

Javier Gervasoni

Poetanauta, viaja hacia la luz. No la encuentres. Muere buscando la luz.

Y así muere, lo delata el poema. Muere en un castigo extraño. Con la acidez del tabaco turco recorriéndole las tripas. Muere por asfixia, al no despegar sus labios de aquellos otros labios. El poema lo mata. Él se levanta, se acomoda el pelo. Afuera hace frío. Se escucha cómo la lluvia revienta sus gotas en el pavimento. No sabe qué hacer.

El otro (el resucitado) llama. Él deja sonar el teléfono. Le preguntará por su madre. Por las lechugas. Bien, ya está mejor. Mal, el sol las secó. No las regué. Perdón. Del otro lado (Ottawa), el otro colgará. Caen las monedas en un charco de rocío.

Él, sigue fumando. Besa aún más los otros esos labios. ¿Serán ventosas acaso, seductoras, posesivas? El fernet caliente quema

en su garganta. Lo traga enseguida. Va al baño una infinita cantidad veces. Se acomoda la camisa. Se lava la cara, pero las ojeras no se van. La cumbia obliga a temblar a todo el cuarto. Toda la casa. Todo ese cuerpo. Que cobarde, diría su madre. Sos un cobarde. El delator ha quedado mudo de repente. Esconde todo. La mejor parte. Miente.

Por lo menos ha llamado, se lamenta. Pero, ¿por qué ha llamado? Quizás se dio cuenta, se lamenta. De una forma u otra, ese cablerío invisible entre familiares hizo contacto, y terminó estallando por los aires. El otro merece saber que mamá no anda bien. Que la abrieron de nuevo, porque la cadera se salió de lugar. Que no puede moverse por el dolor, por la resignación. Que está pálida, como pared pintada con cal, que no se atreve a ir al sanatorio a verla, le da vergüenza que ella lo vea así (le duele, más que resignado). No se afeita, no se baña, no le dona su sangre porque se pasa día y noche aspirando treinta o cuarenta líneas de merca, que tiene una mina encerrada en la pieza de mamá, y la hace laburar por guita. Los autos estacionan en la garita de la esquina. Los clientes suben. La mina no gime. Ni siquiera eso es capaz de hacer (nunca sirvió para nada ésta borrega). El miércoles pasado fue al súper, y se cruzó a una tal Antonela, que preguntó por él. ¿Vos sos el hermano de Ramón, no? Le anotó el número teléfono de su casa en el margen de un folleto de la iglesia pentecostal, el de su trabajo también y el de una vecina, por las dudas. Se lamenta. Enciende la radio, apaga la luz. Peina dos rayas (hastiado, se muere en esa rutina hostil, pero no se da cuenta de su muerte).

Se arrepiente, siente una inmensa opresión en el pecho. Anhela volver a llamar. Los dedos tamborilean números en el aire. Llamar de nuevo, a su hermano, a su madre, y confesarse. Ya no le queda nada. Jugó hasta la última carta. Arañan los dedos el aire, como si marcaran a casa en el teléfono público que acaba de

romper a golpes. No puedo. Debo, pero no puedo. No quiero arrasar con su paz. Ellos están bien, se dice, con las manos perdidas en los bolsillos. La mirada recorre todos esos rostros -todos esos cadáveres-, pero no ve ninguno. Todo está borroso. No debo, no quiero. Pero puedo. Los últimos tres céntimos que posee, bastarán. No quiero. Los voy a dejar tranquilos, mis problemas son mis problemas. No debo entristecerlos, ellos son mi familia. Lo único que me queda. Temo, repite, temo. Tiemblo, temo que no comprendan. Que me juzguen y condenen con su indiferencia. Me van a abandonar otra vez, y ésta será la definitiva. No les voy a joder el día de esta manera. No me van a perdonar... Pero, son mi familia, tienen que entenderme, están obligados a entenderme. Sin un peso, con malas compañías, cualquiera se manda una macana así. Solo, perdido en una ciudad que no conozco -rodeado de gente que no conozco, con carteles que no comprendo lo que dicen-. Con el hambre partiéndome las tripas, con el frío que quiebra en mil pedazos los huesos. Necesitaba una pinchazo más, el último. Salí al voleo, a ver si enganchaba alguno para afanarle, pero... Solo, en la encrucijada del destino, todo por azar. Solo, signado de antemano, todo por raza. Se lleva en la sangre, el tiro del final, se lleva en la sangre. Viene incrustado, ya está todo decidido desde el primer llanto. Anhelando un poco de oxígeno para que los pulmones se inunden. Respirando profundo, por primera vez, sin necesidad de cordón, sin un hilo que nos ate. Respirando el pecado. Estamos condenados desde el principio. Sí, debo llamar. Pasame con mami, le dirá a su hermano, dale que no tengo mucho tiempo... Si le hubieras visto la cara, pobrecito... Se me escapó el tiro, yo no quería...

Cuando me dí cuenta...

Estatua que llora y no entiende. Ya está todo dicho.

Se terminan las monedas, las sirenas rompen el silencio que brota del tubo. Se resigna. Las sirenas lo invitan a zambullirse en ese maldito mediterráneo de agachar la cabeza y aceptarlo todo. Así está la cosa, che. Así...

Se terminan las palabras.

Mundo natal

Sebastián Martín

Que me alumbres con tus dedos amarillos las noches en que solo encuentro estacas y huesos rotos sobre las sabanas.

O mejor que eso: quedarme a solas con una sola de tus canciones, oírla saltar de rama en rama en la oscuridad de la pieza mientras vos seguís en París, mi madre tejiendo, y mi padre muerto.

Quizás éste sea el vacío del que hablaba Lao Tse: tener todo a diecisiete milímetros de los dedos y no poder tocarlo.

Estigma

Joaquín Casis Domínguez

Será que me fijo más o que por lo que sea, tengo ocasión de comprobarlo. El caso es que me ocurre con mucha gente que hasta que se enteran de que tengo una enfermedad mental, la relación es natural, y a partir de que lo saben, rehúyen cualquier tipo de contacto.

A la mala imagen de las personas con enfermedad mental contribuyen los medios de comunicación, la propia sociedad y muchas familias e incluso enfermos mentales que ocultan esa enfermedad como si fuese algo de lo que avergonzarse.

En el centro de rehabilitación psicosocial al que acudo he comprobado que muchos de mis compañeros tienen mucha más empatía que cantidad de personas "en su sano juicio", pese a las limitaciones que la enfermedad nos impone.

El desprecio puede disfrazarse de muchas formas y provenir de cualquier sector, incluyendo profesionales de todo tipo relacionados con la salud mental. Las nuevas hornadas ya se verá qué disposición tienen, aunque recuerdo que en una ocasión que tuve un ingreso psiquiátrico, me entrevistaron 8 estudiantes de psiquiatría con la dirección de un psiquiatra, y si bien algunos de ellos mostraban actitud de querer conocerme, la mitad de ellos sentí que me estaban juzgando.

La verdad es que si esta actitud se da en parte de los profesionales de cualquier escala dentro de la psiquiatría, y las familias y nosotros mismos nos empeñamos en ocultarlo como algo de que avergonzarnos, ¿qué podemos pedir al resto de la sociedad?

Lo del estigma me parecía un asunto, aunque real, bastante recurrente. Pero cada vez estoy más convencido que es necesario luchar contra esa discriminación, contra esas barreras mentales, empezando por los propios afectados y sus familias. Eso seguramente facilitará que el resto no nos vea con esas connotaciones negativas.

Y de los medios de comunicación qué puedo decir; pero si sus titulares sensacionalistas no vendiesen tanto, cambiarían de orientación.

La solución al problema pasa, pues, por la propia aceptación de la enfermedad, la "normalización" en lo distinto, y la naturalidad para, llegado el caso, hablar de ello. No ha sido fácil para las personas con este tipo de problema, convivir con él, por lo que he podido comprobar, pero la respuesta del entorno y la propia ocultación no hacen sino cerrar el círculo.

En otro tiempo se nos quemaba o se nos recluía de por vida. Las cosas han mejorado, aunque hay formas de violencia más sutiles, y de ellas no es ajeno el mundo que nos rodea.

No somos los únicos

Victoria Radivoy

"En tiempos donde todos roban, todos matan, todos violan las mejores mentiras se hacen carne, se hacen ciertas. Las mentiras nos gobiernan y el mal existe, aunque yo pretenda negarlo. Es que soy una negadora potencial de todo lo negativo, por eso vuelo." Eso pensaba sentada en la cama, que hace de sofá, mientras fumaba un pucho de los más baratos, con las piernas cruzadas sobre un cajón de verdulería, que se cree mesa ratona, mirando el más gordo de mis dedos que se asomaba por el agujero de la media. Hace cuatro años me compré esta media, y todavía la tengo. Todavía la uso y hasta que no se desintegre seguirá caminando a la par mío, porque todo en mi vida permanece hasta lograr su final absoluto. Al final, mi ropa no sirve ni para trapo. Pero como dicen algunos: es una pobreza digna.

Como carbohidratos todos los días, alternando entre arroz, fideos, papa y otra vez arroz, fideos, papa, capaz que agrego un zapallo, un huevo... Ahora me decidí por la huerta, chau capitalismo. Pero tardan en crecer y la espera desespera. Y el hambre ni te cuento. Ya me siento una oriental con tanto arroz. A mí no me parece digno.

Es sábado a la noche, todos duermen, prendí una vela para ahorrar luz, me abrigué para ahorrar gas y como soy una ciudadana digna, me hice un té con el saquito de ayer. Me quemé el paladar, nunca puedo esperar y mientras me calentaba las manos con la taza observaba mis libros con el resplandor de la vela y pienso... ¿Cuánto tiempo se puede resistir siendo un pobre digno? ¿Cuánto tiempo resistirías? Invitaría a uno de esos que hablan de nosotros a que vean cómo se siente de este lado. Pero hay cosas que no cambian, la empatía es cosa de pocos.

Soy una trabajadora digna, una pobre sin remedio, vivo en una pieza, acá tengo un par de libros, la cama y todo este quilombo que me rodea. Me levanto a las cinco de la mañana, viajo como se puede y gano el pan como se dice. Pero no me alcanza para nada, a la semana de cobrar ya no queda más que un largo mes por delante y por lo menos 4 kilos de arroz y 5 paquetes de fideos por

comer...¿Sabes cómo se siente esta dignidad, no? ¿Sabes a que huele? Huele a bronca, a deseos inalcanzables, a miedo, a desigualdad... Sin darme cuenta me quedo dormida, con una cena ausente en la taza, una vela que se apaga sola y un dedo gordo muerto de frío.

No puedo seguir negando la realidad, ¿qué hago con este vacío? No hay nada. Tenía tanta hambre que ya no podía pensar, había que salir... volar. De a poco, casi como un murmullo, comencé a sentir unos ruidos del recuerdo, como unas cacerolas desafinadas. Por el ventiluz de mi habitación se veía el reflejo de unas llamas y un poco de olor a goma quemada se coló también por ahí. Me levanté sobresaltada, me puse en puntas de pie y traté de ver algo pero el ángulo era imposible. Debo confesar que me emocioné un poco. Parecía que pasaba algo.

Salí a la calle, hacía mucho frío, la gente se reunía alrededor de las fogatas mientras tocaban poseídos las cacerolas. Pero no con bronca, sino como tribus bailándole a las pocas estrellas que se veían. En cada esquina alrededor de las llamas parecía que podíamos transformarnos. Dejar la historia atrás, olvidar las raíces, y volver a nacer como una nueva tribu. Ser nuevos. Entonces, festejábamos la unión, porque así los más débiles podíamos soñar y la utopía se hacía carne en nosotros.

De a poco empezamos a caminar, fue una caminata al ritmo de los latidos de unas cuantas cacerolas, otros llevaban el fuego, charlábamos, nos escuchábamos. Y yo ya no me sentía tan sola, ni con tanta bronca. En ese instante parecía posible que se terminaran las injusticias y las desigualdades. De pronto, John Lennon se paró a mi lado. ¿Qué? Me miró y me dijo: Imagine, we're not the only ones. Y yo que nunca entendí el inglés, en ese momento, entendí todo.

Como una daga, entró por mi ventiluz una corriente de aire helado que rozó mi dedo libre sin querer y di un salto en la cama, no lo podía creer. ¿Por qué me desperté? Había caído en el viejo truco de "ni lo sueñes, todo esto fue un sueño". Y todo en este mundo seguía igual, aunque ahora, yo tenía un mensaje, un mandato.

Mi Pulsión, Diego y Demetrio

Luis Parmenio Cano Gómez

Llegué temprano, en la mañana. Un sol sin asomarse, por lo cuajado de las nubes. Traía mochila llena de ropa y par zapatos. Lo único que pude recoger, antes de salir fugado de casa. Casi tres días caminando, por territorio árido y estrecho. Nunca supuse que lo haría de esta manera. Siendo, como fue mi infancia; tenía la certeza de hacerme adulto con mi familia al lado. Con la solidaridad advertida, siempre, en mi madre. Recordé anécdotas de mi temprana vida. Siempre ahí envuelto en la precariedad de alegrías. Me llamó mucho la atención ese lugar de juegos. A la pelota, a las escondidas, a la rayuela, a las cometas. Repasé mi amistad con Diego Alfonso Bejarano, mi amigo del alma v de siempre. Me conmovió, otra vez, la manera en que éste partió para Liborina, allá, en el occidente antioqueño. Los dos vivíamos en el barrio Manrique. Desde los tres años. Nos correspondió palpar los inicios del crecimiento de Medellín. Todo a pesar de no haber traspasado la frontera entre los barrios. Menos aún, recuerdo que hubiésemos llegado al centro de la ciudad. Todo lo sabíamos en palabras de nuestras mamás. Doña Augusta, la de Diego. Rosario, la mía. Cuando iniciamos la escolaridad, los hicimos en la escuela Porfirio Barba Jacob. O, simplemente, "La Jacobo", como la llamábamos coloquialmente. Lo nuestro universo de palabras. Unas aprendidas en diccionario. Otras aprendidas al lado de amigos mayores. Fuimos incendiarios en voces. Para describir lo que veíamos y lo imaginado. En los teatros Manrique y Lux, asistíamos a películas de todo tipo. Inclusive, engañando a los vigilantes, entraron a aquellas cuya opción válida, permitida estaba reservada a mayores de veintiún años. En los periódicos "El Correo" y "El Colombiano", aparecían las clasificaciones ordenadas por la cúpula eclesiástica católica. Nos llamaba la atención esas que eran prohibidas para todo católico, en la perspectiva moral que los orientaba.

Cuando cumplimos catorce años, empezamos a masturbarnos él y yo. Ahí en el solarcito de su casa. Un veinte de julio, exploramos más nuestros cuerpos. Acariciábamos nuestros penes. Él a mí y

Yo a él. Inclusive succionándolos, hasta ver salir ese líquido gris pálido. Cada día íbamos más allá. Recuerdo cuando lo penetré. A él le gustaba así. Que yo lo hiciera siempre. Teníamos algunos problemas, cuando, Diego, empezó a sangrar. A pesar de tomar todas las medidas necesarias, de todas maneras, su mamá empezó a notarlo cada que lavaba su ropa interior.

Fuimos creciendo, así. Cada día nos necesitábamos más. Tanto que, en veces, nos fugábamos de la escuela. Nos íbamos para la canchita en donde jugábamos fútbol. Nos metíamos al rastrojo cercano. Allí lo hacíamos una y otra vez. Los recreos eran, para nosotros, un martirio. Porque estábamos siempre juntos. Ya los muchachos de los otros grados, sobre todo los de quinto, empezaron a sospechar nuestro amorío. Y fue en un octubre, cuando celebramos lo que se denominaba "la fiesta de los niños y niñas", el profesor don Raimundo, de tercero, nos vio besándonos en el salón de clase, cuando creíamos que estábamos solos; pues los otros alumnos estaban de parranda en el patio, matando el marrano que la dirección de la escuela compró con los recursos de la venta de boletas para la rifa de una valija de puro cuero.

Raimundo nos hizo ir hasta la oficina del director general. Allí, de manera explícita, le contó a don Eufrasio lo que había visto. Nuestras mamás tuvieron que ir a una reunión entre don Raimundo, don Eufrasio y el párroco de la iglesia de "El Calvario". Sobre todo, éste último (el padre Eugenio), hizo todo un drama. Nos acusó de ser anti-natura. Pervertidos, poseídos por el demonio, inmorales, pecadores azotadores de Jesús. La reunión término con la declaración en dos partes: una la expulsión inmediata de la escuela. Dos con la orden para que nuestras mamás nos encerraran en las casas, amarrados y sin "pisar la puerta", como dijeron el señor Eufrasio, el señor Raimundo y el párroco Eugenio.

A partir de ahí, nuestras mamás empezaron a sufrir mucho. Con todo el valor incluido, nunca le contaron a mi papá Virginio. Y al papá de Diego, don Hildo. Simplemente, cuando ambos, por separado, indagaron con ellas el porqué de no ir a la escuela; ellas dijeron que el curso nuestro había sido suspendido hasta el año

siguiente; ya que doña Heliodora, la maestra, se había enfermado. Que la iban a operar y no podía regresar a sus labores este año.

Nos sentíamos desmoronados, espiritualmente. La separación fue, para Diego y para mí, un castigo absoluto. Un hervidero de pasión, tanto en él, como en mí, se fue extendiendo por todo el cuerpo. Un anhelo de vernos. Como si necesitáramos, cada vez más juntarnos como lo veníamos haciéndolo. Un espasmo de locura. Una gritería sofocada. Mis sueños y los de él, se cruzaban. Empezamos a querer estar dormidos siempre. En sueños nos acercábamos. Nos tocábamos. Nos besábamos, nos poseíamos. Siempre yo dentro de él. Y me vaciaba hasta quedar cansado. Divino cansancio, diría yo.

Un día, viernes, por cierto, mi papá Virginio fue a la casa cural de la iglesia. Un vecino, don Romualdo, el papá de nuestra amiga en común, Berenice; le dijo que no era cierto lo de la suspensión de clases. Su hijo Doroteo, estaba en el mismo curso nuestro y estaba yendo a estudiar. Fue directo donde el señor párroco, ya que la directora encargada en la escuela, le dijo "mejor hable con el padre Eugenio. Él le puede contar mejor que yo lo que pasó".

Inmediatamente llegó a casa, golpeó mi mamá de manera brutal. A mí me azotó con el cuero que servía para enlazar a los caballos que compraba y vendía en la feria de ganados en Medellín, Santa Fe de Antioquia y Sopetrán. Me dejó lacerado. Mis heridas sangraban e hicieron pústulas rápidamente. Sobre poniéndose a su dolor físico y de alma, mi madre me las lavaba y me aplicaba mertiolate, para desinfectarlas. La orden fue fulminante; "este marica, cacorro, se va de la casa".

Al papá de Diego, don Hildo, mi papá se encargó de contarle lo que pasaba. Este señor, también agredió a doña Augusta. A Dieguito lo amarró el papayo que había en el solar. "De una vez te digo maricón; te vas para Liborina a la casa de tus tías Hermelinda y Altagracia. Es lo único que merecés. Allá te vamos a encerrar en el cuarto de los trebejos. Ya hablé con ellas".

No sabía para dónde coger. A duras penas, mi mamá, pudo decirle a don Ismael y a doña Josefina (su esposa) y pedirle el favor que me recibiera. Le dijo, algo así como que yo necesitaba de un respiro en el campo. Y que, esas pústulas, como consecuencia de una caída, se pueden aliviar con el vientecito de San Roque.

Claro está que, ni don Ismael; ni doña Hermelinda se tragaron el cuento. Pero, con una bondad linda, le dijeron a mi mamá Rosario que me recibirían. A los diez minutos llegó don Ismael, al parque del municipio. Así habían acordado con mi mamá, él y doña Hermelinda. Una casita hermosa, con tejado antiguo. Amplia. Todo en ella olía a eucalipto y a café recién molido. Conocí, ese mismo día, a Demetrio, el único hijo del matrimonio. Me recibió con mucha amabilidad. Él ya estaba cursando bachillerato en el colegio "Divina Providencia".

Tuve todo el día, tiempo para organizar mis cositas en el escaparate que me indicaron. Desayuné. Dormí tanto que, al levantarme ya estaba dando las ocho de la noche. Al otro día, después del baño, fui con Demetrio hasta el colegio. Habló con el señor rector. Le dijo" ...este es mi primo Egidio, va a estar en casa por algunos años. Quisiera que se pudiera matricular aquí. Estaba cursando cuarto de primaria. Se enfermó y, mi familia y yo, creemos que aquí se puede recuperar. Su mamá, doña Rosario es amiga de mi mamá Hermelinda, desde que estaban chiquitas...". Don Onofre, el rector, me recibió con palabras de afecto muy sinceras. Y, a la otra semana ya estaba estudiando. Doña Leonor, la maestra, me presentó a los otros muchachos. Yo les dije que quería estar bien con todos.

De mi Diego no he vuelto a saber nada. Nos separaron, de por vida. Yo, aduras penas, me enteraba que doña Augusta se había recuperado de sus heridas. Ni siquiera ella sabía cómo estaba Dieguito.

Llegó diciembre. A pesar de no ser muy creyente, de todas maneras, sentía mucha alegría durante todo el mes. La Navidad me parecía momento espléndido. Veía y sentía la calidez. No solo

en casa de doña Hermelinda, de don Ismael y de Demetrio; sino en el barriecito en que vivíamos. Aprendí a conocer el campo. Salía con quienes se hicieron mis amigos y amigas. Íbamos hasta la vereda "Palomares" a recoger bichos. A coger pomas y naranjas. Ayudaba a Demetrio en la despulpadora. Y, en este mes especialmente, a coger musco y a cortar pino para el pesebre. Con Eloísa Peñaranda, vecina de la casa jugaba parqués y damas chinas. Fabricábamos sonajeros hechos con tapas de gaseosa y cerveza, martilladas. Le abríamos huecos con clavos y las ensartábamos en alambre. Así amenizábamos las novenas al niño Jesús.

Mi mamá pudo visitarme. Llegó a casa de mis protectores, el día 8 de diciembre. Aprovechando que mi papá había viajado a Cañas Gordas a comprar una recua de mulas para vender en Sopetrán. Me trajo una ropita nueva. Y unos zapatos-botas de charol. Lloré de felicidad. Dormimos juntos en la camita que la familia me había cedido. Tuvo que irse al otro día, el nueve de diciembre, porque la angustiaba que llegara mi papá y no la encontrara en casa. Después supe que la ropita y las botas, las había comprado con dinero recaudado en la venta, secreta para mi papá, de buñuelos y empanadas entre las vecinas.

Eloísa me confesó, exactamente el día tres de enero, cuando subimos al cerrito cerca a la casa, que estaba enamorada de mí. De manera espontánea me besó en los labios. En verdad, sentí su boca perfumada. Con una hermosura de dientes que le lucían al reír. Y reía, casi siempre. Yo le dije que no quería tener novia tan joven. Que la quería mucho como amiga, pero no más. Y, en ese instante recordé los besos de Dieguito. Recordé que, siempre lo veía. En esos sueños mágicos. Que lo besaba y que me besaba. Que le transmitía mi líquido grisáceo. En una ternura absoluta. Que le cogía su penecito. Y que me lo llevaba a la boca. Y que saboreaba su líquido hermoso. Me sabía a gloria. Terminábamos exhaustos. Él y Yo, entregados totalmente.

Recién empezaba el año escolar, cuando don Onofre me citó en su oficinita. Un cuartico pequeño, pero muy cálido. Conocí a su esposa y a sus dos hijas. Las tres aparecían en el retrato

enmarcado que adornaba el sitio. Había un crucifijo y una réplica en yeso de la Virgen de la Mercedes, patrona del pueblo. Me hizo sentar. Muy calmado me leyó una carta que le había enviado don Eufrasio. Parecía una diatriba perversa, antes que un escrito de un maestro de escuela. Don Onofre me dijo que era una obligación entre pares pedir referencias de los alumnos y alumnas, cada vez que se producía un cambio de colegio. Conocí de su interpretación de hechos como ése de mi relación con Diego. Me dijo no tener ese tipo de escrúpulos y de falsa moral. Simplemente, me advirtió que quedaba entre los dos. Que, ni siquiera Demetrio lo iba a conocer. Pero, de todas maneras, me hizo saber que, al menos en su colegio, no toleraría algo parecido.

Ya íbamos por la mitad de febrero. Todo había seguido un curso normal. Yo cumpliendo con mis deberes en la familia. Asistiendo a clase v esforzándome por saber más. Entre otras cosas, resulté muy bueno para geometría y aritmética. Cierto día, yendo con Demetrio para el cafetal, a fumigar contra la broca, Demetrio me cogió de la mano. Me la apretó con fuerza. Luego me abrazó y me besó. Me dijo que yo era hermoso en todo cuerpo. Que me había visto desnudo en el baño que queda contiguo a su cuarto. Sentí pulsión de vida. Volví a recordar a Dieguito. Sus besos permanecían en mí acicalados más, en mis sueños que, de seguro eran los suyos. Como atontado le respondí a Demetrio que él también me gustaba. Nos tiramos al piso. Retozamos un rato. Luego, desnudos, lo hicimos. Un pene hermoso el de Demetrio. Grueso, erecto a más no poder y con un olor a las diosas de las flores. Esta vez fue el quien me penetró. Un inmenso placer, solo comparable con el que sentía al lado de mi Diego. Todo el rato pensé en él. Sintiendo como si fuera él y no Demetrio. Sangré un poco. Pero feliz estuve. Demetrio succionó lo mío. Me vacié no sé cuántas veces él me hablaba cosas hermosas. Eres mío. Mi Egidio del alma. Móntate tú. Penétrame amor mío. Y lo hice. Todavía me quedaban fuerzas para hacerlo. Y lo inundé no sé cuántas veces.

De regreso a casa, almorzamos solos. Doña Hermelinda y don Ismael, había salido para misa. Nos dejaron una nota que hablaba de limpiar nuestros cuartos; de lavar los baños y de poner el maíz al fogón, con bastante agua. Pudo más lo nuestro. Seguimos en su

cama. Me besaba. Yo lo besaba. Metía su falo en mi boca. Se lo apretaba, cuidando no lastimarlo. Me montó tres veces. Lo monté otras tantas. Terminamos en un cansancio absoluto. Bello. Nos quedamos dormidos, desnudos.

Nos despertó el ruido de las aldabas de la puerta de enfrente. Corrí a mi cuarto y empecé a fingir que estaba sacudiendo la cama y la mesita de noche. Nos regañaron porque no habíamos cumplido ninguno de los requerimientos. Pero, al fin, no pasó nada más. Eso si no pudimos comer arepas en la cena. De ahí en adelante, siguió pasando lo mismo que entre Dieguito y Yo. Pensaba en él todo el tiempo. Con mayor énfasis, cuando Demetrio y yo nos besábamos. O cuando me montaba y sentía la tibieza de su líquido. Mi Dieguito está en mí. No era Demetrio. Era él. Mi Dieguito querido. Te sueño todas las noches. Te siento. Succiono tu penecito. Te penetro a toda hora.

Demetrio empezó a sospechar algo, desde la noche que estuvimos, otra vez, en su cuarto. Estaba un poco confundido. Había peleado con Dieguito, en uno de mis sueños. Simplemente le grité. Llamando a Diego y no a Demetrio. Inmediatamente sacó su pene. Por la brusquedad con que lo hizo, me dolió mucho. De ahí en adelante no me buscaba como antes. Hice todo lo posible para reconquistarlo. Porque él mi Diego y no Demetrio. Me rehuía. Pasaba por mi lado sin saludarme o decirme algo. Se iba solo para el colegio y no me esperaba al salir. Doña Hermelinda y don Ismael notaron nuestro distanciamiento. Pero supusieron que habíamos peleado por algo. Menos por lo que, en realidad, era.

El primero de octubre, día de mi cumpleaños diecisiete, su mamá y su papá, como siempre lo habían hecho desde que estaba en su casa, celebraron con nosotros y con Dorita. Después, al terminar, me acosté. Pero no pude conciliar el sueño, como dicen las mamás. Sentí que entró a mi cuarto, sigiloso. Me creía dormido. Un punzón sentí en mi vientre. Luego en mi cuello. Empecé a sangrar a borbotones. Me sentía mudo. No tenía fuerzas para gritar. Simplemente me fui yendo. Lo último que vi fue la imagen de mi Dieguito. Y la de Demetrio que clavaba el punzón en su cuello y caía a mi lado.

Tokio, ida y vuelta

Tomas Sánchez Hidalgo

En Navidad hace frío y tiempo: en un oscuro callejón, cerca de Shinjuku, apostando mis últimos yenes entre intérpretes de la ruleta rusa, desafiantes ante el teatro del infinito, interrogantes todos por una milésima de segundo: desafío también ante toda lógica, ante toda probabilidad, versus toda matemática. a la que por esta vez se derrota (excluyente moneda, ruleta de suicidios: cinco caras para una sola cruz en singular poesía aleatoria). Salgo indemne y tras la suerte queda sellado mi beneficio, que rápidamente habré de finiquitar en forma de sucesivos desacatos: a la diosa Fortuna (seguiremos tentándola), al metabolismo propio (¿por qué está el bar del hotel repleto de Godzillas?), y a las buenas costumbres, cadalso, perdición y deseo en barrios de prepago, pasando de pasar de sol a secundario (deseo de ser Tim Duncan). Por Ginza, Roppongi Hills y Omotesando rompo a llover en mil pedazos, y por calles de dolor en Metrópolis gastada, circulan estos mis ojos vendados, de no poder verla, de más nunca posarse en ellos reflejo

de sus ojos, sus labios, su culito, su alma: lágrimas hechas trizas. De vuelta a casa. me exhala Madrid con su hálito imperecedero, intrusivo, afín, el recuerdo de un pasado, ella y yo, ambos, en común, la vida como sumatorio acotado de experiencias en presente continuo: entre otras un verano follando en Harvard, felices como bestias. felices como fiestas. tante auguri a te, también hubo momentos hard discount (esto es, admiramos el cine de Fassbinder -Rainer Wenderen paralelo y en continuo; compartiendo sudor y caracolas vivimos champán y calambres, y otras veces dejamos fluir el tiempo como quien admira a Fassbinder). Todo se rompe... ...excepción hecha, claro está, de la eternidad: nuestro último cuarto de hora juntos, una escasa porción de ser humano: un hospital en pretérito pluscuamperfecto (o sea, un koljós en Venecia). Después pregunté a un cónclave gremial de filósofos acerca del sentido de la vida y ellos me remitieron a Wall Street visiblemente consternados, casi muertos de risa.

XXX [1],[2]

Anahí Ferreira

Ya nos volveremos a encontrar sabemos dónde no -me dijiste.

Y ahora cuando las papas arden y las lluvias torrenciales nos obligan a trabajar el doble con ínfimos-efímeros resultados cuando más debo -pero no a ese ser ontológico que nos inventamoscuando más debo hacer es cuando más ganas me dan, me darían de estar ahí -en ese lugar, aquí -en esta poesía.

Que la inspiración alcance para algo más que dar paladas de barro enlodado para empujarlo fuera de nuestros respiraderos

-porque eso urge, no hay dudasuna inspiración grande que alcance para algo más que rastrillar este barro en busca de descuidadas monedas, perdidas, de 5 ctvos

y alguna lombriz moribunda una inspiración que me conecte con ese ser ontológico que yo me inventé

desde pequeña que escribiría palabras eternas como torres o puentes

-que sabemos no son eternos si no se los cuida si no se los reconstruye, deconstruye y sigue construyéndoselos-

palabras para darle sentido a la vida que se desparrama en paladas exiguas

y silencios condenados. Ese ser ontológico como una diosa entre otras dioses que fabrican cosas eternas.

Ese lugar, que tenía nombre de cosa eterna también, incluso anterior a les dioses y otro montón de pseudónimos para sobrevivir en el mundo terrenal,

ya no existe pero quien sabe si no nos volveremos a ver allí algún día. Porque las lluvias tampoco son eternas.

[1] Posible nombre para esta poesía (leer después de leer la poesía, ya que en realidad sólo refleja un aspecto de esta):

El aquí y ahora simultáneo espejo en una poesía de un lugar que ya no está poesía que no está siendo escrita porque quien la escribe mira una película a oscuras y da paladas exiguas en medio de la lluvia y por ende no está escribiendo no está pudiendo escribir y el lugar ya no existe y sin embargo...

Podemos decir que el lugar ya no esiste aunque sabemos perfectamente que sigue existiendo física y espiritualmente sólo que el capitalismo y otras barbaridades (también nuestras) han separado el espíritu de la materia y ahora el lugar existe pero está vacío unos metros arriba de nuestras cabezas.

Nos separa una puerta con una cadena tan fácil de romper pero

. . .

el espíritu del lugar es un millón de poesías desparramadas de canciones objetos cuadros videos recuerdos personas nostalgias lágrimas

más poesías un grupo de facebook un partido de fútbol una puerta con un escalón para sentarse del lado de afuera,

algo ilimitado algo impredecible

un hábito de chasquear los dedos algunos tatuajes en tobillos pantorrillas brazos cuellos de personas, más personas

algunos esquejes –algunos secos, otros vivos y mojados– una risa repentina

[2] Dedicada al mítico Pachamama

Punta del agua

Sabrina Barrego

No hay nada más obsesionante para ti hombre que eso que ha convenido en llamar el paraíso. No tanto porque lo imagine hermoso e interminable. Aunque se persista en decir lo contrario, nadie piensa que pueda existir algo que supere a la tierra, aun en la precariedad del tránsito Armonía Somers

I

Sólo los caballos caminan por la calle en punta del agua, cerca del mediodía.

Un milico viejo requisa al único ser vivo que había en la plaza y sale en bicicleta. -Acá también el país crece-.

Los vecinos toman mates en la vereda o dentro de sus casas. Ventanas puertas abiertas detrás de los alambrados de las tranqueras; son parcos de palabras saludan con las manos con la cara como si fuéramos viejos amigos que volvemos al pueblo.

Los paisanitos pavonean sus boinas chatas facones en los cinturones pura danza de apareamiento destrezas criollas saltando la cuneta para lavarse las manos y sentarse en un palenque a tomar fernet preparado. Uno mira mis pantaloncillos amarillos. Se pone colorado cuando lo miro a los ojos. Me causa gracia, son puro vigor, parece. Lo ignoro: hemos perdido algo salvaje, más primitivo. No me erotizan la mente.

El poema forma parte del poemario (tríptico), Punta del agua

¡Despertemos!

Víctor Oscar Maldonado (Oski)

Dejemos a un lado todo aticismo: la urgencia requiere lucidez y coraje. Asumimos la lógica de los que mandan, aprendemos su lengua distante, copiamos sus delicados modales para no sabernos sojuzgados; después de todo, ¿no fuimos nosotros quienes los entronizamos? Ciertamente, ¿no hicimos oídos sordos al consejo sincero y perseguimos a pedradas a los esclarecidos? ¿Acaso no hay trazas de nuestro ADN en la urdimbre de los crímenes que nos repugnan? saboreamos el mendrugo que cae de la mesa dando gracias sinceras, siempre encorvados en el aprisco de la dádiva. subsumidos en el paisaje cotidiano de la derrota y aplaudimos la violación sistemática de la legalidad en nombre de la aplicación sistemática de la seguridad; después, nos espera el remordimiento agazapado en la almohada,

el mismo que se expresa a la primera oportunidad como violencia asesina. Alzamos (¡verdaderos imbéciles!) las manos al cielo para que la lluvia bendiga otras tierras, vitoreamos ajenos triunfos, doblamos la cerviz para que otros alcen la testa, renunciamos a nuestros derechos en favor de quienes cimentan sus privilegios, envejecemos bajo el peso de brutos trabajos para que otros rejuvenezcan bebiendo el elixir directamente de nuestras venas inocentes. Renunciamos a ser para que otros sean estéticos, cosmopolitas, profetas de lo insulso, celadores a control remoto de la vida ajena, desinteresados de la política, ajenos a la otredad.

¡Ya alborea el tiempo de un nuevo tiempo! ¡Despertemos!

Hoy es dieciséis

Santiago Astrobbi Echavarri

Don Julio cerró la puerta de la casa y Jimenita se quedó algunos segundos estática mirando la puerta del lado de adentro. Volverá en dos horas, pensó; tengo que hacer mil cosas, pensó después. Caminó mecánicamente hacia el dormitorio con la vista perdida y se detuvo frente a la cama destendida. Las sábanas emanaban un transpiración. Jimenita juntó las agrio a desparramadas por el piso, las tiró sobre la cama y envolvió todo para depositarlo en la lavadora. Sin embargo, en el pasillo del lavadero, soltó la ropa y se detuvo; de manera repentina, se llevó las manos a la cara para atajar algunas gotas que se precipitaban desde sus ojos hacia el piso de parquet. Que no se manche el suelo, pensó, mientras atajaba otra gota. Corrió hacia el baño, se sonó la nariz, se lavó la cara y corrió de nuevo hacia el lavadero, para levantar la ropa y ponerla en la lavadora. Modo rápido, una hora.

Sin perder un segundo, salió del lavadero hacia el patio y se adentró en el gallinero. Cuatro medidas por jaulón, revisar que estén todas bien, recoger los huevos y colocarlos en los maples, juntar el excremento. Jimenita estaba acostumbrada al olor y al cacareo. Jamás hablaba con las gallinas, pero le sonreía a las más viejas, que llevaban muchos años allí, como ella. La cosecha del día era pobre, apenas una docena, pero había reservas, por lo que no faltarían huevos para entregar los pedidos de la semana. Don Carlos el jueves, la familia Gómez el domingo, Mariela y los Marcone el lunes, el pedido grande los martes para la panadería, Don Gerardo y Doña Marcela los miércoles. Cada quince días, los Echegaray y los Ramírez, que venían desde Capuncay, a media hora de viaje.

Al volver a entrar a la casa, Jimenita ordenó metódicamente todos los utensilios que había lavado después del almuerzo. A Don Julio no le gustaba ver todo ese desorden y tenía razón. No se puede pensar en un lugar desordenado, reflexionó Jimenita para sus adentros. Antes de guardar el último plato en la alacena,

recordó que el alicate se había roto y abrió los ojos bien grandes. De los nervios, casi se le resbala el plato. Con la ropa maloliente que tenía puesta, revisó su cajoncito y tomó algo de dinero de sus ahorros. Cuando estaba por cerrar el cajón, alguien golpeó la puerta. Jimenita levantó la vista y paró las orejas. No puede ser Don Julio, pensó. Por favor, que no sea Don Julio, suspiró. Pero claro, Don Gerardo, ya se los traigo. Docena y media, aquí tiene. Muchas gracias. Cuando vuelva le envío sus cordiales saludos. Jimenita guardó el dinero de los huevos en el cajón de Don Julio y, a paso rápido, salió hacia el almacén de Don Matías.

Atravesó las calles de tierra agrietadas por el calor y esquivó a los perros que jadeaban bajo la sombra de los eucaliptus. El almacén de Don Matías quedaba a tres cuadras, pero a Don Julio no le gustaba que ella pasara por la puerta de la cantina, entonces tuvo que rodear esa manzana y el camino le tomó algunos minutos más. Tiene razón, no me pueden ver así sus amigos, caminando sola.

¿Qué tal, Don Matías? Un alicate, medio kilo de papas, medio de zanahorias y medio de cebollas. Bifecitos a la criolla, sí. Gracias. Aquí tiene. Gracias. Cuando Jimenita salió del almacén, Don Matías la observó con detenimiento: lucía vieja, lucía sucia, lucía triste. Ella no era así cuando llegó al pueblo, pensó. Era bonita y sonreía, pensó después.

Medio kilo de bifes, por favor. Sí, todo bien. Gracias, Don Ignacio. Aquí tiene. Serán dados, Don Ignacio. Cargando las bolsas en las manos, Jimenita se alejó de la carnicería y Don Ignacio la observó con detenimiento: lucía vieja, lucía sucia, lucía triste.

Tiene razón, tiene muchas cosas en qué pensar: los negocios, los contactos, los clientes, las cuentas que pagar. En el camino de vuelta a casa, Jimenita recordó que hoy no solo era miércoles, sino que era el día dieciséis del mes. Entonces, después de la cena... Sin embargo, no había que adelantarse: primero secar la ropa, después hacer la cama, después los bifes (a punto, porque así le gustan a Don Julio), después los platos.

Me paga bien por el trabajo y, a su manera, me quiere. Algún día voy a usar los ahorros para comprarle un horno de los nuevos a mamá, allá en la ciudad, porque acá no hay cosas así, pero allá sí, allá hay hornos de los nuevos. Jimenita entró a la casa y, con rapidez, puso la ropa en la secadora. Luego, ordenó las verduras y limpió el baño. Mientras fregaba la bañadera, Jimenita recordó a Julián. Justo el dieciséis se acordaba de Julián, justo el dieciséis. Qué mala idea, pensó. Pero no pudo evitar recordar la mano de Julián deslizarse por debajo de su vestido, la mano de Julián que le corría la bombacha, la mano de Julián que la hacía gemir, la mano de Julián que le llegaba al alma. El olor a lavandina la trajo de vuelta al baño.

Con Don Julio es diferente, con Don Julio siempre es igual: él abajo, ella arriba. Cuando pasó lo de Julián, yo era chica; eso fue una locura, pensaba Jimenita, mientras perfumaba las sábanas ya secas y las colocaba en la cama. Don Julio me ayudó cuando nadie lo hacía, cuando estaba en el campo y no había qué comer; Don Julio me cuida y me protege, a su manera, pensaba Jimenita mientras pelaba las papas y las zanahorias, y calentaba la plancha porque Don Julio estaba por llegar.

Don Julio llegó a la hora señalada silbando una chacarera. Me alegro mucho que haya ganado la partida. Sí, ya le sirvo la comida. Sí, Don Julio, a punto como le gustan. Don Julio arrastró su pesado cuerpo desde la puerta hasta la mesa y se desplomó en una silla. Olía a vino y a transpiración. Jimenita le sirvió los bifecitos a la criolla, le acercó un trozo de pan, una botella de vino y un sifón de soda. Se retiró a la cocina y esperó a que Don Julio terminara de comer. Don Gerardo ya retiró lo suyo y le mandó saludos. También le mandó saludos Don Matías. Sí, Don Julio, ya le retiro.

Con mucho cuidado, Jimenita levantó la mesa y lo ayudó a Don Julio a dirigirse a la habitación. Hoy es miércoles, así que, por favor, siéntese acá que le voy a cortar las uñas. Jimenita le quitó las alpargatas a Don Julio y, una por una, le cortó las uñas duras

y llenas de tierra. Disculpe, Don Julio, es que se me resbalan. Disculpe, tiene razón. Disculpe...

Una vez que terminó de cortarle las uñas, Jimenita limpió los pies de Don Julio en una palangana con agua tibia. Ya se la enfrío, no sea cosa que se queme. Disculpe... Don Julio refunfuñó y pronunció algunas frases oscurecidas por la evidente borrachera. Jimenita no entendió, pero pidió perdón de todos modos. Al finalizar el lavado, sintió ganas de mentir, sintió ganas de que fuera otro día, y no dieciséis, sintió ganas de que él se durmiera, sintió ganas de estar de vuelta en el campo, con su mamá, con poca comida, pero en el campo. El pueblo era diferente y Don Julio la había ayudado mucho. Tenía un sueldo y él la quería, a su manera. Se preguntó si Julián seguiría viviendo en el campo, se preguntó cómo luciría. Don Julio, hoy es dieciséis, susurró Jimenita, con la voz entrecortada. Don Julio sonrió. Ella se sacó las alpargatas, el vestido maloliente, el corpiño y la bombacha, y se metió en la cama, encima de él.

Este es un cuento corto

Pablo Torres

Este es un cuento corto. Muy corto, aunque sabemos que la manera en que las personas perciben el transcurrir del tiempo es variable. Entonces... es un cuento corto para los que lo leen, pero no para el protagonista. Podría incluso decirse que para la pluralidad de los que lo leen la brevedad de éste cuento no es homogénea. Aunque si se buscara algún tipo de medición (supuestamente) objetiva, por ejemplo se midieran los minutos (o tal vez, menos que eso, apenas los segundos...) se concluiría que fueron exiguos.

Este, entonces, es un cuento corto para los que leen, teniendo exclusivamente en cuenta que sólo necesitan invertir pocos minutos en la lectura. Dejamos los aspectos subjetivos fuera.

Este cuento, arbitrariamente definido como "corto", sucede en La Plata, una ciudad de burócratas, empleados administrativos y estudiantes.

El protagonista es uno de esos estudiantes: un joven de 23 años.

Ocurre durante 1977. Sí, el '77. Con decirlo es suficiente, ya no es necesario explicar más del contexto.

¿El lugar? La vía pública: calle 68, entre 118 y 119, para ser precisos.

Ya situados en tiempo y espacio, relatemos el breve cuento:

"El estudiante va de visita a casa de su amigo, otro estudiante. Camina por la calle 68, sobre la vereda impar, decide cruzar la calle en diagonal ("mal cruzado, se cruza por las esquinas") directo hacia la puerta de la casa de su amigo, en la vereda opuesta. Está en medio de la calzada, a pocos metros (¿seis, siete?) de la puerta, cuando esta se abre. No es su amigo quien se asoma sino un militar en ropa de fajina, con un FAL en el hombro".

(Aquí es donde la discrepancia entre la velocidad del tiempo interno vivido por el estudiante, el tiempo objetivo medido por el reloj y el de la lectura se trastoca: se abre un hiato profundo).

"Es evidente que se dirige a golpear esa puerta. El milico se para en el umbral. El estudiante sube a la acera par de la calle 68, corrige su diagonal y –en lugar de dirigirse hacia su inicial objetivo: la casa de su amigo- sigue caminando, hacia la intersección con calle 119, como si hubiese cruzado en diagonal justo ahí enfrente por una circunstancia fortuita. Son cincuenta pasos los que faltan hasta la esquina. No mira hacia atrás. No puede. No debe apurarse, aunque sus piernas parecen haber decidido que sí. El milico está atrás. ¿Lo mira? Son apenas cincuenta pasos...

1.

2.

3.
4.
Cincuenta pasos para llegar a la 119 y ahí sí, si no hay otros
milicos, correr endiabladamente hasta perderse lejos, lo más lejos
y rápido posible.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
Julio, el amigo, cayó, es evidente, pero no debe pensar en esa
tragedia, todavía no puede ni siquiera entristecerse. Debe poner
todo su esfuerzo en seguir caminando, a una velocidad que no
levante las sospechas del milico, ahí atrás, en la puerta.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
¿Escuchó un ruido? ¿Lo llama? ¿El milico del FAL lo está
llamando? No darse vuelta, no caminar demasiado lento, no
caminar demasiado rápido.
17.
18.
19.
20.
21.
No, escuchó mal, gracias a Dios, no lo llamaba.
22.
23.
24.
25.
26.
27.
28.
29.
30.

¿Lo está mirando? ¿El milico del FAL lo mira? Era evidente que iba hacia esa puerta... ¿quién cruza una calle en diagonal si no es que se dirige exactamente hacia la puerta donde termina la diagonal imaginaria?

31.

32.

33.

34.

35.

Espera el grito de "alto", junto al ruido del cerrojo del fusil. Sabe que ese es el próximo sonido que escuchará. Lo espera. Se esfuerza en caminar: no lento, no rápido.

36.

37.

38.

39.

40.

Se concentra, además en no trastabillar, si lo hiciera, si pisara una baldosa floja, por ejemplo, y cayera al suelo, el milico miraría, se pondría en evidencia.

41.

42.

43.

44.

45.

46.

47

48.

49.

Esta casi en la esquina, comienza a doblar hacia la bendita calle 119, mira, antes de correr, mira. Chequea que no haya otros milicos de consigna, que el operativo ya haya terminado y el milico del FAL sea el único que quedó en la casa de Julio, a la espera, por si algún perejil cae de visitas.

50.

No hay milicos a la vista. Entonces corre, a toda la velocidad que le permiten sus piernas. Corre".

Cuando el protagonista lo lea apuesto que dirá: "mi cabeza

volaba a un ritmo más vertiginoso, mis piernas querían seguirla con más vehemencia todavía, fue mucho más tiempo del que contaste".

Este fue un cuento corto. Cincuenta pasos, cincuenta segundos. Una simple caminata desde la puerta de una casa (donde se asomó un milico con un FAL al hombro) hasta la esquina.

Restitución del signo

Rafael Rodríguez Guerra

El tiempo es la cruz de todos. Más el exilio, la derrota, la traición, toda esa basura. Charles Bukowski

El mediodía se aleja. Un llanto baja desde las ramas hasta el añil rancio de una sopa. Desplazo las mangas hacia el puño. Todo mi universo reducido al esnobismo de una corbata gris y mis ojos indolentes fijándose en el puñado de alhajas. La hora se detiene en un punto donde el cielo se quiebra en voces neutrales. Decidido al escrutinio de una barba cuyos pelos son enumerados por una mente diestra, me coloco el brazalete. La insignia girará hacia la izquierda justo al final.

Un mar pacífico verde es utilizado para cubrir los genitales del rasurado. Su vestimenta se incinera en un lugar mezquino, todo arena y soledad. Comienza un aleteo de labios que susurran numeraciones interminables. El signo se restituye con el rastro de un conejo sobre la hierba infamemente marchita. A escasos metros del suelo, giran globos de vidrio magenta. El signo, en su girar, esconde el verdadero propósito del Mesías. El esqueleto del monarca se yergue sobre el rasurado. Finge una tos nerviosa antes de apuntar con el cañón de su arma. Lejos, alguien se atreve a izar un cartel político pero ya es tarde: el rostro se ha ido despedazando en mil partículas que se esparcen para ralentizar la hora quieta del universo.

Explosión

Puedo sentir miradas hurgando entre la piel

buscando no sé qué secretos

la curiosidad de los espectadores hincha los cuerpos estos explotan.

Excavación

En los túneles las voces fornicadoras del silencio

Excavan

dejando en los viajeros huecos aún más profundos.

Caer para subir

Melodía Garay

Yhonais Lemus

miré por el cerrojo blanco de la Hoja

> hallé el silencio de un espejo

Caer para subir, adelanto de plaquette publicada por Ed. Frenéticos Danzantes, 2018

Gravidez del trazo

Jonathan Alexander España Eraso y Alfredo Villarreal

"...movimiento de emoción y gravedad, exuberancia, incesante nacimiento y promesa del alma en su cuerpo generoso... La interioridad expuesta, el sinus del vientre elevado y exclaustrado en el seno".

Jean-Luc Nancy, La Naissance des seins

"Sea como sea, el vientre es el asunto del pensamiento". Jean-Luc Nancy, Le poids de une pensée

El corazón del dibujo se ofrenda.

Su singularidad plural es tiempo, imagen, movimiento.

Exposición y existencia del corpus en femenino.

Acontece en el dibujo-cuerpo-extrañeza

lo que se tensa en lo blanco del papel.

Y lo inesperado surge como espuma de lo que se retira.

Ahí, aquí, el (vi)entre del pensamiento

deviene la entraña que aflora en la presencia.

Lo expuesto obra en la otredad.

Fisura lo cercano.

Traza la herencia

que juega en los espejos.

El movimiento desnuda toda claridad

hasta que el don

se exilia en la llegada.

Después, matriz y luz.

La escritura en carne viva.

Géminis

Nina Boquicio

I

Mis sueños se cubren de serpientes porque mi respiración es lenta Este es el velo del que tanto te hablé, Señor Este es el germen que me regalaste.

Finalmente no estoy lejos de los gritos escondidos en vano.

Π

Esta calma se anida entre columnas tan blancas como el deseo En el reflejo las veo tambalearse Y aquí viene el suspiro otra vez El deletreo de la palabra "huida"

¿Qué hizo el tiempo con la inocencia? Su propio lenguaje Su letargo.

Dionisio

No quedarse mudo Danzar la soledad Mutar de causas y consecuencias

No pensar en el límite Que corta como tanza

Desear todo o nada Querer más de todo

Elegir el error por sobre otras cosas Negar el amor por sobre todos los nombres

Reciclar poemas Tachar Tachar preguntas y memorias Leer señales, símbolos y oráculos Leer las horas Las letras no, los números.

Ш

Demasiado ruidosa con la boca muerta Cerrada boca Abierta en sal Pequeño tobogán hasta el vacío

Sencillo nacimiento desde la lengua Herramienta para los vivos Intenta disfrazar los minutos Pequeños minutos desde la primer vocal Íntima en este campo vacío Cuanto le resta a su sabor

Apenas una puerta para el hielo Desde el centro de la escucha, el hielo

Y ese don de tener dientes para relamer la herida Dientes para el agua Que atrapan la llave para besar Y darle palabras al color En el retazo de la saliva

Antes se empieza por la ausencia Del beso Del sexo por el beso del ausente Cuando el rito nos perdone ¿Por qué no dormir en la memoria? ¿Por qué no asistir a la grieta?

Carboniza al error en la ligereza del tiempo Y divide a la pobre edad en cuentos de terror.

La nada

Fernando Bocadillos

demasiado asustado para actuar demasiado tieso para levantar demasiada espuma sobre el cristal demasiado sobrio para continuar demasiada presión en el globo ocular ya no tengo ojos tengo estrellas ya no tengo dinero para curitas ya no tengo sopa para carnecita no tengo nada que no quiera tener no quiero nada que me haga bien hace mucho tiempo tuve un amor hace mucho tiempo tuve a Roma entre los dedos hace mucho tiempo el tiempo no era un inconveniente hace mucho tiempo los poetas me enviaban flores en píxeles, desde lugares remotos cercanos a riachos depresiones geográficas los saqué cagando porque estuve triste mucho tiempo y el tiempo se rió de mí con un diente de oro con una cavidad carial en el centro de su luz demasiado triste para no beber demasiado pobre como para comprar pienso en flores rotas que tuve en las yemas de mis dedos y los puentes hermosísimos que quemé en el nombre de un salvataje inminente que nunca llegó este monstruo santo que me lame el culo se acerca dos pasos, retrocede uno, se acicala la calva se relame y va al costado hacia la cuneta de la vida y su magnetismo me hechiza como un adolescente mancebos y nínfulas de cían y finas falanges oran ahí donde en mi balcón sopla un viento que mece el cubre colchón de mi cama y en la pared una grieta obscena y en su centro veo carpas, tiendas, hambruna mental los patios maternales que habrán de asirme cuando llegue la hora prefijada.

Edipo en el sur

C.F. Mas

- Una forma era. Una forma oscura contra la pared blanca. Me divertía mucho.

Victoria narra un recuerdo de su niñez. No tenemos nada que hacer. Es sábado. Llueve desde temprano y es como si fuera a hacerlo por siempre. Miramos hacia afuera, hacia ese mundo que es de una blancura virginal. Celebramos la cancelación de una reunión. El número de la revista se demora por una superposición de causas. Los jóvenes de aspecto intelectual tenían un asunto urgente en Uruguay, la desabrida era impedida por una inundación. Miramos la lluvia y festejamos la suerte. Es como si esa blancura del mundo a través de la ventana nos pusiera a resguardo de todo mal. Fumamos un porro interponiendo una noción del tiempo que es nuestra, en un espacio que irrumpe, una y otra vez, con su vehemencia de signos, postergando indefinido eso que sucede, o que ya no sucede, como si la sensación, más que el hecho en sí, fuese del orden de lo eterno.

- Jugaba a adivinar. Era divertido. Él me quería engañar siempre, pero era yo quien engañaba. Podía hacer cabezas de caballos. Pero yo decía que eran otra cosa. Quería frustrarlo. Decía que era una taza, y no un caballo. Y peleábamos. Cuando era más chica lloraba. Papá no me daba la razón con facilidad. Me hacía explicarle por qué decía yo lo que decía que era. Quería hacerme pensar. Le salían bien las sombras. ¿Jugaste alguna vez con sombras?
- Sí- digo, con una voz afectada por el humo brusco. Aspiro de un modo prolongado, abandonado al entusiasmo. El humo llena los pulmones y crece hacia la cabeza. Un mar de lágrimas se interpone entre mis ojos y su cuerpo.- Poco. Era un juego del diablo.
- ¿Qué juego del diablo? ¿De dónde sacaste eso?- dice y me abraza con ternura muy deliberada.

- No tengo idea. Sabía que en algún momento del juego venía el diablo y te llevaba con él. Se aparecía porque se lo estaba invocando. Luego te arrastraba o te sacaba el alma convirtiendo tu cuerpo en una sombra temporal.
- No es juego del diablo. Estupideces. ¿No escuchaste sobre el teatro de sombras? Una forma de teatro de Oriente. Sombras y títeres. ¿Sabías que papá tenía una colección de títeres? Es algo que casi nadie sabe.
- No. ¿Por qué tendría que saberlo? Sé otras cosas. Por ejemplo, que habla mucho de la muerte.
- Sí, le obsesiona. De hecho, uno de sus títeres la representa. Es mujer, es blanca y no tiene ojos.
- Qué detalle deslumbrante. Ciega, como la justicia.

Ella piensa un instante. Mientras más la contemplo más frágil es su cuerpo. Bien podría ser como uno de esos muñecos, pero más liviana, más enemiga del viento.

-Nos mudamos, nos apartamos de la ciudad. A dos casas vivía un indonesio, un hombre viejo y tranquilo. Tenía más de cien años y papá lo consideraba un genio. Daba espectáculos de sombras. En su país fue una celebridad. Eso contó papá. Lo admiraba mucho y repetía fórmulas de su estilo de vida. Eso fue durante un tiempo. Yo nunca lo vi haciendo sombras, nunca lo vi haciendo nada, porque casi no salía de su casa, y cuando lo hacía era para tomar un poco de aire. Se quedaba inmóvil en su patio, llamaba la atención porque era capaz de permanecer durante horas sin realizar un movimiento. Papá aprendía mucho y hacía cosas increíbles. Una forma oscura, como una mancha de café en una hoja. Si yo adivinaba, papá mentía. Un día hizo un barco. Adiviné. Me di cuenta, pero papá dijo que era una gaviota. No se parecía en nada a una gaviota.

- ¿Había chicos donde se mudaron?

- Sí. Pero no jugaba con ellos. Para mí eran raros. Los vecinos, todos, eran como seres de otro planeta.
- Pero los seres de otro planeta eran ustedes y no ellos. Ustedes y el indonesio- comento.

La marihuana me hace atender a detalles ínfimos y pienso todo el tiempo en que podría haber dicho o hecho una cosa de determinada manera y no de otra.

- No, eran ellos- enfatiza Victoria-. Se encerraban en sus casas. Nunca se los veía.
- ¿Qué sabés de tu padre?
- Está en Italia
- ¿Con la novia?
- Sí. ¿Qué querés saber? No explica mucho papá. Yo no quiero preguntar porque lo conozco. No le gusta mucho. Se molesta. Sé las cosas cuando lo permite. Hay días en los que está más dispuesto, y días en los que no se le puede hablar. Tengo la sensación de que le cuesta ser feliz. Es algo que ocurre en su cabeza.
- Se preocupa demasiado en ser inteligente. Lo leí en alguna parte.

Calla. Me entusiasma su desgano, su cuerpo laxo, el recorte que de ella hago frente a ese fondo que es la ventana. Me intereso, inevitablemente, en el punto de vista:

- ¿Por qué no se llevan?
- No es que no nos llevemos
- ¿Entonces?

- Simplemente sucede. Cada uno afronta la vida a su manera. Yo construyendo, él haciendo lo que puede. Se volvió grande y empezó a aburrirme de una forma extraordinaria. Descubrió que yo podía elegir cosas que él no quería o no podía mostrar. Entonces nos distanciamos, inevitablemente.
- Me suena un poco amargo.
- Es lo que es. Yo nunca lo vi incómodo con esa distancia, aunque pienso que no le es posible tener remordimientos.
- ¿Debería tenerlos?
- No. Papá no me entiende. Creo que es consciente de su límite, entonces me acepta. ¿Qué opción le queda? Hace mucho que no nos entendemos.

De repente pregunto:

- ¿Te sigue pasando plata?

Ella tarda en contestar. Algo que no pronuncia, una demora que lleva el peso de un reproche. Tengo la sensación de una vergüenza que es como una planta trepadora. Fracasa en su intento de prender una tuca. Se quema los dedos más de una vez.

- Sí. Sigue. ¿Me ves trabajar acaso?- dice.

Comprendo su tono. Enseguida dice que a su madre también. Él lo entiende como un deber.

Siento un mareo y lo disimulo yaciendo, me apoyo sobre un codo y levanto la cabeza. Ella tiene los ojos cerrados. Tararea una melodía al mismo volumen que la lluvia, que es un testimonio de lo real todavía durando. Sonríe inefable o eso me parece. Es probable. Debe existir correspondencia entre la música y el recuerdo. A mí, a veces, se me daba por soñar con agua. Nunca supe cómo interpretarlo.

Ella insiste con las sombras:

- Hacé algo.
- ¿Algo como qué?
- Lo que salga. Quiero ver.
- Nada- digo, pero ella ya ubica la lámpara de un modo tal que un halo luminoso reduce la pared a un triángulo que se ensancha hacia lo alto. Baja la cortina y, con la oscuridad del cuarto, el triángulo es un abanico en el que descansa el equilibrio universal. Ensaya alguna que otra figura. Compruebo que tiene una habilidad especial. Adivino todo. No hace falta ser muy imaginativo para hacerlo. Hace caballos, conejos, gaviotas y hasta una calesita que le demanda una rotación de muñecas que jamás le vi a ningún otro humano.
- Se ve que para hacer esto hay que estar dotado- digo, tratando de comunicar el asombro.
- Me enseñó papá- dice Victoria reproduciendo la figura de un pez- A ver vos.

Yo ensayo cosas simples. Siempre animales: caballos, conejos, un cocodrilo. Ella aprueba, pero me desafía a que intente con formas complicadas.

- No me sale nada.
- Tenés que ser creativo.

Entonces hago lo primero que me viene a la cabeza. Victoria no acierta. Como es tan divertido como frustrante, ella propone que haga las sombras a pedido. Accedo. Pide un coche. Hago una mancha ovalada. Reímos. Pide un murciélago. Lo que me sale es una planta. Volvemos a reír.

- Sos un desastre, pero me divertís.

Para reivindicarme ante su impresión me lanzo a un sinfín de

formas a las cuales les pongo un nombre. Invento animales fantásticos u objetos de otro mundo que sirven para necesidades propias de otras realidades.

-Yo te enseño- dice mientras se apodera de mis manos. Hace que mis muñecas giren. Dice que es para que tomen plasticidad. Al principio me resisto. Duele. Ella me reta. Si no me relajo no llegaremos a nada. Estira mis dedos, me enseña un ejercicio para que se muevan rápido como tiritas de papel frente a un ventilador. A mí me gustaría tener dedos rápidos para tocar la guitarra o el piano, no para hacer sombras chinas. Me distraigo fácil y la hago enojar. Me da cachetazos y me toma de nuevo con violencia. Es rápida y fuerte.

- ¡El diablo!- grito.

Me sale un cuerpito con una cabeza inmensa y cornuda. A ella le causa una gracia que me parece exagerada, aunque me tiento y termino retorciéndome. Cuando se le pasa exige que lo haga otra vez. Me sale igual al anterior. Ella corrige la posición de mis manos, mueve apenas un dedo, corre otro poco un brazo. Se asusta, se agita, tapa sus ojos. Dice que mi sombra adquiere vida propia.

Miro con atención. Es un cuerpo digno. Parece el torso de un chico de diez años. Por un efecto extraño de la luz, que terminaba creándole una especie de campo energético, daba la sensación de movimiento. Pruebo alguna que otra variación y le invento una voz. Luego deshago el movimiento, brusco, me arrastro unos metros y simulo conjurar en una lengua muerta. La comedia sale bien. Victoria grita y se dirige a la ventana. Se queda bastante tiempo así, con el rostro hundido entre las manos. Luego escucho un gemido. Su cuerpo convulsiona quedamente.

La observo sin movimiento. Cuando noto que lo suyo es un acceso de risa me lanzo sobre ella. La tumbo, rodamos por el suelo y chocamos con la lámpara, que cae. Entonces la oscuridad se cierne sobre nosotros como la bruma más densa.

Medusa y Perseo

Diello de Borovnia

Según la mayoría de las versiones MEDUSA era hija de Titanes, algunos dicen que era hija de la continua violación de Urano contra su hermana Gea. También dicen que era una hermosa doncella que fue violada por Poseidón en el templo de Atenea y la casta Diosa de la sabiduría furiosa por la ofensa a su castidad, se descargó con quien no tenía poder o sea con la víctima y la condenó a portar la cabellera de serpientes y la mirada fatal que convertía a todos en piedra.

Todos saben su final a manos de Perseo quien contando con la ayuda de Atenea (otra vez ella ensañándose con la víctima) y Mercurio llegó con toda temeridad hasta la cueva donde dormían las crueles Gorgonas y le cortó la cabeza ayudado por su escudo pulido como un espejo.

Pero hay otra versión contada por la ninfa Casiopea, quien era una de las doncellas de Medusa y su relato se encuentra muy escondido en archivos secretos. Esta historia permanece oculta gracias a las malas traducciones e interpretaciones interesadas de los pudibundos frailes copistas del Medioevo quienes así generaron más engaño.

Medusa era hija de Titanes y la primera sacerdotisa de la Diosa Madre, Gea, las serpientes eran su símbolo, no su cabellera. Como tal representaba a la sabiduría más profunda, aquella que descansa en la base de la columna vertebral y despierta mediante los rituales sexuales, la danza, las plantas divinas y el éxtasis en general. Atenea (quien nació de un dolor de cabeza de su padre Zeus, por lo cual podría decirse que Atenea era un tumor cerebral o también podría considerarse como el aspecto femenino de Zeus, o hasta tal vez Atenea fuera Zeus travestido pretendiendo ser el árbitro supremo de toda sabiduría y por eso siempre mostraba su carácter irascible y arbitrario), esta diosa como decíamos era celosa e irascible reclamaba para sí la exclusividad de la sabiduría. Por este motivo urdió el plan de azuzar a su tío Poseidón para que violase a Medusa en su templo, obteniendo así su justificación para la maldición que fue más perversa de lo que solía contarse pues Medusa era una Diosa de enorme belleza, de

carácter grácil y voluble, su maldición consistía en que atraía a los hombres que la encontraban irresistible pero cuando ella llegaba al orgasmo su frondosa cabellera se transformaba en un nido de serpientes y sus ojos en un abismo terrible que convertía en piedra a sus amantes. Cuando volvía de su goce más profundo se encontraba que sus amantes se habían convertido en piedra. Ella era totalmente inconsciente e inocente de esto pues no conservaba memoria de la maldición por eso sin medir las consecuencias volvía a los brazos de otro infortunado amante, mientras sus doncellas se encargaban de esconder las estatuas en una hondonada próxima al palacio, donde se acumulaban más de dos mil horribles y espantadas estatuas.

Perseo contó su propia versión de los hechos. Pero la realidad fue otra. Ingresó al palacio de Medusa sin ser invitado, algo muy descortés por cierto y encontró a la hermosa diosa desnuda en todo su esplendor dándose un baño. Ella advirtió la presencia del bello y jovencísimo héroe, era como un niño de mirada asombrada, sonrojándose. En ese momento su pasión se encendió. Amablemente lo invitó a reparar los cansancios del viaje compartiendo el baño con ella. Perseo aceptó la invitación, dejó caer la gruesa túnica de lana que lo protegía de las inclemencias del viaje descubriendo su esbelto cuerpo a los ojos ávidos de Medusa. Perseo dejó sobre su túnica la filosa espada, se introdujo en el agua cristalina y tibia de la tina. Medusa lo invitó a acercarse más, el corazón de Perseo palpitaba desbocado de deseo y miedo, el agua caliente encendía sus sentidos, se acercó a esa espléndida mujer de apariencia juvenil y grácil. Ella le tomó el rostro entre sus manos mirándolo con ternura, sonrió, se acercó más. La piel de Perseo se estremeció en el contacto con esa piel deliciosa, suave como la de su madre Dánae cuando lo estrechaba en sus brazos. Los senos grandes y firmes se apoyaron contra su pecho que parecía estallar de temor. Medusa susurró al oído del joven "Eres casi un niño, mi dulce niño de cuerpo bruñido y recio" luego solo sintió los besos y suspiros en su cuello mientras las manos de la diosa acariciaban su fuerte espalda y bajaban más, ella fue enjabonando cada rincón del cuerpo de Perseo con caricias delicadas que iban enardeciendo y transformando en un torbellino de sensaciones el espíritu del futuro héroe. La diosa volcó un delicado aceite sobre la cabeza de Perseo y apenas rozando con la yema de los dedos lo hizo estremecer de placer provocando en el casi niño sensaciones que

desconocía. Se encontró emitiendo suspiros y sonidos que solo había escuchado de boca de su padre Zeus y del rey Polídectes cuando su madre se entregaba en su alcoba. Odiaba ese momento, se sentía despreciable emulando los obscenos gruñidos de Zeus quien según la leyenda se había convertido en lluvia de oro para copular con Dánae; esto era una mentirosa metáfora de lo sucedido, Zeus había cubierto de oro el cuerpo de su madre para obtener sus favores. Lo mismo que hacía el rey Polídectes, al cual ella pagaba con su cuerpo el lujoso hospedaje en palacio.

Se escuchaba a sí gimiendo con los ojos cerrados asediado por los besos de Medusa y esas yemas tan suaves, tan sabias. Su memoria volvía a las sábanas agitadas del lecho materno mientras era poseída por el odioso y prepotente rey de Serifos. Su agitación y sus gruñidos aumentaron de intensidad, como si fuera a explotar, no podía quitar de su mente las sábanas sudorosas y retorcidas del lecho materno cuando Dánae muy gustosa pagaba a Polídectes su hospitalidad y regalos. Y se escuchó a sí mismo como si fuera otra persona lanzando un bronco suspiro y derramándose. Medusa le hizo un dulce arrumaco al oído y le susurró: "Mi dulce muchacho no te avergüences, eres un toro impetuoso. Te sobra energía v derramas vitalidad" seguido a sus palabras ella siguió mimando con caricias el rostro y el cuerpo del héroe quien finalmente reaccionó respondiendo a las caricias, explorando con sus manos el delicioso cuerpo de la diosa "niño audaz aprendes muy rápido" susurró para sí Medusa dejándose llevar por el calor de la situación. Perseo avanzó más arrodillándose para probar con sus labios la piel de la "terrible" mujer maldecida por su diosa protectora. Mientras surcaba imaginarios caminos con su lengua en los muslos estremecidos recordó que esto era lo mismo que le había visto a Polidectes hacer con los muslos abiertos de su madre que suspiraba con deleite, lo mismo que Medusa que ya estaba lista para ser poseída. Esto fue como si Atenea hubiera gritado en su oído, recordándole su misión. Su respiración se agitó sin poder apartarse del goce, pero la imagen de su madre entregándose volvía a castigarlo una y otra vez, la voz de Atenea lo acicateaba obligándolo a frustrar su naciente deseo. Los gemidos de ella lo terminaron de decidir, reaccionando horrorizado ante la posibilidad de que Medusa tuviera su éxtasis convirtiendo sus ojos en el abismo atroz que petrifica sin darle tiempo a cumplir su misión. Todos sus flexibles músculos se

pusieron en movimiento llevándolo hasta la fatal espada que cruelmente blandió hacia la indefensa Medusa quien aún tenía los ojos cerrados disfrutando su placer. Un solo golpe del fuerte brazo bastó para separar la hermosa cabeza de su cuello, lo que menos podía esperar ella era semejante atrocidad, era como si se hubiera entregado a la muerte. Y cuando la gran muerte entró en Medusa, tuvo su último orgasmo, así su cabellera se llenó de serpientes y sus ojos de abismo se abrieron proyectando su mortal mirada hacia la eternidad mientras su cabeza flotaba en el agua de la tina. Perseo ya había sido advertido por Atenea y permaneció de espaldas a su víctima viendo como la cristalina agua se iba tiñendo con la sangre. Rápido salió de allí y de entre sus ropas sacó una bolsa provista por Mercurio quien se la había encargado a Vulcano. Ayudado por el pulido escudo que le regaló la envidiosa hija de Zeus hizo entrar el cruel trofeo en la mágica bolsa, hecha para contener la temida cabeza.

Casiopea vio todo esto escondida tras una columna y lloró en silencio la cruel muerte de su amada ama quien durante muchos años fue su principal guía. Había visto los turbios pensamientos de Perseo, pues era su don y maldición el poder ver los pensamientos, había visto todo eso pero no llegó a descubrir lo más importante hasta que fue tarde pues todo ese tiempo Atenea había estado tras las acciones del muchacho bloqueando el verdadero motivo de su presencia. Así cuando va se había cumplido el crimen Atenea se hizo presente mirando de soslavo hacia todos lados celosa de la presencia de cualquier testigo, no había intuido la presencia de la ninfa, eso la salvó. La hija de Zeus apuró a su medio hermano para salir de allí antes de ser descubierto por las hermanas de Medusa. Estaban abandonando el palacio cuando Atenea escuchó el multitudinario ruido de los amantes de Medusa, vueltos a la vida una vez muerta ella. Perseo preguntó "¿Qué es ese rumor de ejército que viene desde el valle?" A lo que Atenea respondió: "Son la multitud de amantes de la maldita ramera. Debemos detenerlos" "¿Cómo enfrentaré a miles de hombres aún contando con tu divina ayuda?" preguntó Perseo acobardándose. Atenea reflexionó un momento y entonces le señaló la bolsa que llevaba en sus manos "Pues mi joven hermano, tendrás oportunidad de probar el poder mortal de la maldita muerta". El joven héroe comprendió y replicó "Pero todos ellos son inocentes y los condenaremos a una segunda muerte". La irascible diosa tomó a Perseo del hombro y le susurró

"Los héroes no titubean ante sus deberes aunque estos no sean cristalinos como agua de manantial". Así la terrible pareja de medio hermanos esperó la llegada de los aún aturdidos amantes de Medusa contra los cuales sin mediar palabras o provocación Perseo con los ojos cerrados blandió la cabeza recién cortada. Los pobres hombres recién salidos de su trance, al verse expuestos a la mirada mortal recuperaron la memoria de lo ocurrido intensificando más su horror cuando sintieron una vez más sus cuerpos petrificándose. Así quedaron los más de dos mil infortunados hombres vueltos al eterno sueño de la piedra frente al palacio de Medusa.

Entonces la conspiradora Atenea se acercó al héroe y le dijo mientras este volvía a guardar el cruel trofeo "Mantenla a tu alcance pues deberás y querrás usarla varias veces más, pero luego que cumpla su función, me la darás a mí para ornamentar mi escudo. Ella luego de muerta me servirá como arma".

Cuando ya se habían alejado bastante del escenario del crimen, Atenea se volvió hacia Perseo antes de partir y lo obligó a juramentar con una siniestra oración que solo he vuelto a escuchar en una maravillosa película española, en boca de unos terribles niños.

"A nadie, nada, nunca, ni de esto, ni de mí, ni de ninguno de nosotros"

Y así fue la verdadera historia de mi amada señora Medusa y Perseo, héroe fundador de Micenas y su terrible media hermana Atenea a quien todos tienen por la protectora de las artes y la sabiduría. Si ella es la sabiduría, ya podemos comprender porque el mundo es lo que es, terminó de decirme Casiopea sentados en el reservado de un pub insospechado en la esquina de Perú y Av. Belgrano, frente a la farmacia de una cadena internacional.

La casualidad me había llevado a mi barrio de nacimiento. Fue una visión increíble, desde la calle al pasar sin detenerme, el rabillo de mi ojo me advirtió que allí había algo maravilloso. Me detuve a mirar la vidriera del pub del cual no puedo recordar su nombre y allí estaba ella, Casiopea. Brillaba en medio de la penumbra de vieja madera oscura. No era el brillo dado por un vulgar foco de luz, era algo interno que solo me tocaba a mí ver.

El público a su alrededor bebía y festejaba, muchos hombres y mujeres la miraban, algunos se acercaban para hablar y ella los recibía cordial, con una sonrisa cálida. Fumaba una pipa llena de marihuana sin que nadie se atreviera a llamarle la atención. Al fin, luego de un rato inquietantemente parado allí. mirando como un acosador, me animé a entrar sin tener idea cómo acercarme o qué decirle. Solo llegué hasta la mesa, donde ella me miraba como si me conociera y me esperase. Con la mirada me señaló el asiento frente a ella y sonrió haciendo que cualquier duda cayese. Entonces sin que pudiera atreverme a poner en duda sus dichos, ella se presentó diciéndome que me esperaba y tenía algo para contarme. Aunque fuera tan increíblemente fantástico lo que me contaba no había forma que pudiera poner en duda la veracidad de todo. Ella había entrado en mi cabeza, susurrándome la terrible y antiquísima historia de su amada ama, Medusa. Por un breve momento se me agolparon varias preguntas tontas sobre cómo había hecho para sobrevivir en tantos siglos, en tiempos tan diferentes, pero me las callé con temor a romper el hechizo del momento.

Cuando terminó su historia me dijo que me había elegido como cronista, porque era el único en esta estúpidamente escéptica ciudad quien podía llevarla al papel con convicción. Así ya no me quedó otra cosa más que obedecer y correr a mi cueva para escribir la historia. Aunque antes de partir, para mi fortuna o desgracia ella me despidió tomándome del mentón y acercando sus labios a los míos en breve beso o creo que fue breve, demasiado breve pero sentí que nunca jamás podría obtener un beso igual. Esos labios se abrieron con gusto a frutillas, con la suavidad de los pétalos ¿Cómo podría besar a otra mujer después de esto? En esos segundos que duró el beso, desapareció el mundo, desaparecí yo, pues era demasiado pequeño mi yo como para registrar esta maravilla. Era todos los hombres en unos pocos centímetros de epidermis, tocándose con la eternidad. Podría haberme desmayado por la intensidad, podría haber muerto, en cierto modo va morí dulcemente. Ella me sostenía el mentón apenas rozándome con sus dedos y con la misma levedad alejó su rostro v me sonrió volviéndome a la vida

"Tienes mucho que escribir, debes irte. Los dioses vayan contigo y Venus guíe tus manos"

Yo no pude responder nada, solo me levanté atontado y me alejé, antes de salir del mágico pub me di vuelta y prometí "Volveré"; ella solo respondió sonriendo enigmática. Corrí a mi casa para escribir todo tal cual me fue transmitido por la inolvidable Casiopea.

P.D: Una vez terminado y corregido el relato lo subí a la red, donde lo están leyendo.

No podía más de impaciencia, pasé casi toda una semana atroz soportando todas las minucias y miserias de la vida cotidiana y las idioteces que uno debe hacer sin ningún sentido para poder subsistir en nuestro mundo.

Volví al fin a la esquina de Perú y Av. Belgrano para encontrarme con una broma cruel, pues en esa esquina solo había una pequeñísima concesionaria de autos con un solo vehículo en exhibición en el reducido espacio, absolutamente, diametralmente diferente al maravilloso pub. Tal como el pianista enamoradizo de la canción de Sabina tuve el primer impulso de vengar la broma rompiendo la vidriera a pedradas. No pude hacerlo. Muy cerca había dos efectivos del la policía de la ciudad y lo más importante, una cálida oleada de euforia me atravesó, casi como si ella me hubiera vuelto a besar. Estallé en carcajadas que por su potencia podrían haber roto la odiosa vidriera.

Había comprendido, solo eso, había comprendido lo maravilloso del momento, cada momento.

Golpe

Federico Gabriel Espinosa Moreno

El vapor salió del pico de la pava subiendo hacia el techo para mezclarse con la humedad de la tarde. Joaquín fue hasta la cocina, giró la perilla, la llama dejó de tocar el metal, a estas alturas color chamuscado. Buscó un trapito, el único que tenía, sucio grasiento y con olor a frituras, vertió el agua en el termo, luego abrió la canilla y el agua fría apaciguó la temperatura. <Qué calor, esto nos va a matar a todos, quién dice que no sea lo mejor.>> pensó Villagra regresando al patio, donde estaba Jonás observando el cielo ennegrecido que prometía tormenta, aunque sus promesas siempre fueran impredecibles. Salvio quiso decir algo, pero cerró la boca, en vez de hablar palpó el bolsillo del pantalón buscando un paquete de California, lo encontró, sacó un cigarrillo y lo prendió. <<Domingo, domingo, domingo.>> se dijo.

—Domingo que sueña tormenta—dijo Jonás—, será la lluvia quien salve a Puerto Heredia.

Un trueno bramó entre las nubes.

—Callate — dijo Joaquín sonriendo, pensando que con la lluvia no sería necesario prender el ventilador —. No sea que una inundación nos lleve a todos.

Cebó un mate para Jonás, que continuaba mirando el cielo como buscando descifrar algo entre los relámpagos y truenos, en el viento que comenzaba a crecer, caliente, húmedo.

- —Antes de que se largue—chupó la bombilla hasta el final—, antes de que se largue vamos para el centro, al bar La Galería para ser más exacto.
- −Pero fuiste vos el que dijo que tomemos mate protestó
 Villagra , yo quiero quedarme a cebar mate.
- Cambié de opinión − prendió un cigarrillo −. Es domingo, che.
 Las casas me están matando.

Joaquín dejó en el interior de la casa la mesa ratona, el mate que

no limpió y que cuando regresara tendría mal olor y la yerba un tono oscuro, hundido. Jonás ya estaba en la vereda recibiendo el aire caliente, su cabello castaño levantándose ante la brisa polvorienta que elevaba bolsas y botellas olvidadas en la vereda de la ciudad. <Cuando está de humor tiene ganas de salir, cuando no es imposible sacarlo de su casa. Pero aun así es difícil descifrar su estado de ánimo oculto en su cara inexpresiva, seria, siempre cansada. Y hoy, que quiere salir, asumo que no está de humor>> pensó Villagra echando llave a la puerta de calle, deteniéndose en la vereda para prender un cigarrillo con las dificultades impuestas por el viento. El sol estaba prácticamente muerto, no quedaba nada más que la oscuridad volcando sus rayos, más adelante, tal vez, lluvia.

- –¿No te volvió a joder más? − preguntó Jonás mirando la casa de Liliana Frey.
- No, no la volví a ver—dijo Joaquín soltando el humo despacio, viendo como el viento lo dispersaba—. Después de aquella noche nunca más, ni siquiera la vi cuando salí de la casa todo atontado, sin entender.
- —Esa mujer es indescifrable—dijo Salvio sonriendo—. Parece que se llamara a largos reposos y es por eso que la gente de la ciudad la da por muerta, pero vos sabes bien que no está muerta.
- —Lo sé, lo sé—recordó cuando salió de esa historia por la madrugada, luego de horas y horas de buscar la llave en la oscuridad, de gritar el nombre de Liliana en la oscuridad sin que ella respondiera ni diera muestras de estar respirando, sintiendo que las mariposas descoloridas daban vueltas en el comedor—. No lo imaginé nunca.
- −Podés imaginarte mil cosas y ninguna va a salir con la misma imagen. Bueno vamos que ya se larga.

Avanzaron por las veredas desiertas de la calle Defensores, topándose a cada paso con furiosos remolinos de polvo, un cable de luz oscilante sobre sus cabezas, los gatos saltando desesperados las tapias, de tanto en tanto un coche a alta velocidad, no había nada que no sugestionara una tormenta. Plaza Kafka estaba libre de parejas asentadas en los troncos de los palos

borrachos o recostadas indiscriminadamente sobre los banquitos delante de los niños que van a jugar en los juegos, de los tipos que creen que meditar es fumarse un porro y mirar el cielo mientras escuchan la supuesta música de hoy y beben cerveza, la plaza estaba desolada de aquellos que la transfiguraron hasta darle un nombre propio, un significado propio, sin darse cuenta que la plaza a la que van con tanta frecuencia nunca es la misma plaza. << Aquí lo conocí a Jonás la noche en que me asaltaron, cuando vio todo y no hizo nada para ayudarme más que acercarse cuando los muchachitos se fueron>> pensó Joaquín. Por la calle Carrasco se movían otras personas, apuradas como hormigas dispersándose ante la inminente tempestad, tocándose los cabellos ya arruinado por la tierra contenida de todo un verano que Ílegaba al fin con la tormenta del equinoccio, los naranjos parecían respirar y suspirar con el viento, las naranjas ácidas cavendo de sus ramas a la calle todavía caliente, cenicienta.

-¿Cómo va esa facultad?-preguntó Jonás prendiendo un California con dificultad-Hace dos semanas que comenzaste las clases.

-Y bien, mucho no puedo hablar-dijo Joaquín tocándose la mata de pelo negro-. Dice un profesor que la historia es para tener certidumbre de lo que pasó, que la historia da seguridad.

Salvio pateó una naranja, irónicamente enojado.

—La historia no da certidumbres sino más bien preguntas—dijo moviendo el cigarrillo para todos lados—, te formula las preguntas de dónde venimos, qué somos, por qué. Nadie puede decir que la historia responda fielmente a los hechos, ni siquiera un testigo de determinado hecho. La sugestión que inducen ciertos hechos nos dice que hay cosas que no fueron contadas y que no van a ser contadas. Por supuesto no vayás a escribir esto porque no te aprueban más.

Villagra no respondió, recordó las tristes paredes de la facultad, hombres y mujeres hablando durante horas delante de un pizarrón, de un escritorio, locuaces, con aires de eruditos, hablando sin cesar hasta que sonaba el timbre y el aroma a satisfacción aparecía en un cigarrillo fumado en la vereda. Dieron

un rodeo por la plaza 14 de julio, los álamos bramando, la tierra tapando la estatua del ángel, <<Del polvo vienes y en polvo te convertirás>> parafraseó Salvio ante la quietud del ángel. Llegaron al bar La Galería en medio de una polvareda que convertía en aire los olores ocultos del verano: ácidos, podridos, transpirados, absorbidos por el asfalto, las veredas, las plantas y que ahora no tenían más remedio que escupir. Se sentaron en el fondo de la galería, mirando a los pocos parroquianos que estaban en el interior del bar disfrutando del aire acondicionado, a salvo de la tormenta del equinoccio.

- Pedí lo que quieras − dijo Jonás − . Yo te invito.
- − Pobre tu vieja, che − dijo Joaquín y prendió un Queen.
- −Gasta menos de lo que gasta la tuya en alquiler, mercadería y los giros que te manda − replicó Jonás.
- <<Es cierto>> pensó Joaquín, casi que viendo a su madre en el pueblo Los Pinos, entrando leña porque el otoño en las montañas siempre tiene en sus profundidades mucho de invierno. El mozo se acercó, ambos pidieron un tostado de jamón y queso y dos coca cola de 1 litro.
- −De cómo que saliste de tu casa − dijo Villagra por decir algo, aplastando el cigarrillo en el cenicero de metal.
- —Tenía que salir—dijo Jonás—. Mil días encerrado y uno para caminar, por lo menos uno tiene que ser para caminar.
- -¿Y tu mamá? − preguntó Joaquín ¿Sigue con el vino blanco?
- —Un ebrio romance de nunca acabar—prendió un cigarrillo—. Hoy, cuando yo me disponía a leer los cuentos de Flannery O'Connor, entró en mi despacho con un vaso de vino blanco y me contó una historia que la involucra aunque yo no puedo asegurar que ella participó y en el caso de que participara no puedo asegurar que sucedió tal cual lo contó, hablando de historia.
- −¿Qué pasó? ¿Los militares?

Jonás asintió al tiempo que el mozo dejaba los tostados y las

gaseosas sobre la mesita redonda de madera cubierta con un mantel blanco. En medio de un estrépito de truenos apareció la lluvia y podía verse, pese a la oscuridad, como aplastaba las nubes de tierra, los remolinos, el olor a polvo reprimido ingresando a la galería.

-En el 76-dijo Jonás luego de tragar un bocado del tostado-cuando los muchachos de la junta dieron el golpe de estado llamándolo proceso de reorganización nacional e hicieron cualquier cosa menos reorganizar el país, mi mamá ya vivía en Puerto Heredia y desde Ciudad Capital se asomaban las tropas del general Villegas para tomar posesión. Según mamá participó del grupo de resistencia que se oponía a la dictadura, aunque ella no era comunista ni partidaria de ningún partido político, se oponía por razones lógicas. Los del FRP (Frente de Resistencia Popular), unos días antes del golpe, cuando la cosa era inminente, lograron ingresar de contrabando por las comunas Villa Nogales y Defensor Almar armas de fuego y unos cuantos morteros con el fin de ofrecer una oposición bélica y seria. Hombres y mujeres, de dieciséis años en adelante, conformaron la tropa que iba á ofrecer una resistencia férrea durante una semana. Mamá me contó que durante la semana ella estuvo en el frente, al pie de los morteros, en la primera línea, atrincherados en las afueras de la ciudad que es el único lugar por el que se puede entrar.

>>En un principio los militares se sorprendieron cuando recibieron los primeros impactos de los morteros, las pocas ametralladoras y unas cuántas granadas, nunca se lo esperaron, tanto que tuvieron que retirarse para volver a las horas listos para entablar el combate. <<Me costaba tanto aceptar que estaba matando a personas, pensaba que ellos tenían familia, que con sus errores y todo seguían teniendo padre, madre, hijos. Pero después, meses después, deseaba la muerte para aquellos que los engendraron>> dijo mamá y yo pensé en todos los infelices que engendraron a la dictadura, desde políticos de alto mando a pelotudos que pensaban que eran una solución, habría que preguntarles qué solución ofrecieron, cuándo una dictadura fue la solución. En fin, no creo que mamá pensara en eso, ella lo decía porque los militares empezaron a aumentar la artillería y pronto trajeron cañones de largo alcance, tanques e iniciaron también un bombardeo aéreo. Vio morir a muchos de sus compañeros sin que tuviera tiempo de detenerse y por lo menos preguntar los

nombres, todos los frentes del FRP fueron retirando sus líneas hasta quedar arrinconados en la plaza principal de Puerto Heredia, en la 14 de julio, llamada así porque un 14 de julio ofrecieron la rendición. << Apenas dejamos nuestras armas nos golpearon como bestias, reían y decían que estábamos derrotados, que éramos pulgas en el lomo de la constitución>> me dijo mamá bamboleándose sobre la silla, en frente de mi escritorio.

>>Dice que a las patadas los llevaron a la comisaría, les sacaron fotos, les pusieron un sacó sobre la cabeza y les echaron combustible hasta que vomitaron, muchos murieron en su propio vómito según ella. Luego fue la celda, una habitación solitaria sin cama ni ventana, ni siquiera luz artificial y los guardias ingresando, diciéndole que era una puta comunista, que le cortarían el seno izquierdo para que aprendiera a mirar hacia la derecha. Los interrogatorios, los golpes, la picana eléctrica en su sexo, las risas ante sus gritos en un humor que solo ellos entendían, nunca me dijo si fue abusada, yo creo que sí, no es algo de lo que ella quiera hablar y eso reafirma mi creencia. De vez en cuando pasa una hormiga por el piso y si la ve se la queda mirando durante mucho tiempo, aunque la hormiga no esté, y me contó que en un período sin fechas en las reducidas paredes de cemento sin revocar, lo único inofensivo que alcanzó a ver fue una hormiga o mosca que quería aprovecharse de sus heridas. Dice que pocas veces recibía comida, que a lo sumo le tiraban un plato de polenta hirviendo que debía comer sin cubiertos, con la boca, como si fuera un cerdo y es que quizás ellos creían que de verdad era un cerdo, por eso es que mi mamá detesta la polenta, vo no probé un plato de polenta hasta los dieciocho años, y eso porque fui a comer en la confitería La Hora. Una vez se atrevió a pedir un espejo, dice que el guardia se enfureció y llamó al sargento y que el sargento empezó a decirle que tenía pinta de pulga hinchada, llena de sangre, una pulga dura que ellos se estaban encargando de vaciar, que la golpeó un par de veces por su silencio, entonces mamá también hace silencio y deduzco que es porque ese sargento, entre tantos, abusó de ella. Vas a la pieza de mi mamá y tiene los espejos rotos, puede verse, pero partida en mil pedazos y vo creo que es porque ellos la partieron en el caso de que todo sea como me lo contó. Esta historia me la cuenta siempre, supongo que por la ebriedad nunca sabe que la está repitiendo, y cuando calla empieza a soltar un llanto que no cesa en días y va disminuyendo gradualmente con las semanas. Por eso salí de casa hoy, para respirar antes de volver a entrar en su pena.

Hicieron silencio, Jonás se limpió las manos con una servilleta, luego prendió un cigarrillo. Joaquín miraba hacia la calle, fumando también, la temperatura descendió bruscamente. Él pensaba en su madre, también triste, pero por otras cosas que no tenían nada que ver con la dictadura. La imaginó al lado de la estufa a leña, mirando las series yanquis que según ella la distraían cuando es imposible distraerse, a lo sumo aliviar el dolor con una determinada actividad, pero desplazar la tristeza es imposible. <<Y ella está triste, mañana deber ir a trabajar con el aire en plan otoño/invierno del pueblo, las hojas cayendo en el suelo, las montañas brumosas, la virgen de la copa amenazando desde su altura, todo el pueblo Los Pinos amenazado>> se dijo sabiendo que no la llamaría para preguntarle cómo estaba, temiendo descifrar en su voz la tristeza que suponía cierta, que acechaba con un insomnio duradero.

—Pero nunca lo voy a saber con exactitud—dijo Jonás rompiendo el silencio con su voz entabacada—: si ella es alcohólica y llora tanto por ser una víctima de la dictadura, o si lo hace porque ella fue cómplice de la dictadura. Nunca lo voy a saber, nunca.

Suiciudades

Ricardo Finochietto

¿Cómo se recrea la perfecta ciudad de piedra que ha matado al tiempo?

En la ciudad, entre tantas cartas marcadas, siempre el cuatro de copas, siempre. La ruta no se deja robar un envido (Rúa sem saida). Junto al mar, las vías de un tren sobre las que una vez reposé la cabeza. Nunca pasó nada, ninguna locomotora me cercenó los vidrios de estrellas.

Sigo caminando. Un tatuaje, una marca de agua en la uña en la

pupila, ordem e progresso, ¡qué pupila! Áureas bicicletas. Tanto joven caminando, con dos piernas y dos pies y dos manos y dos ojos ¡rojos! ¡Violenta luna roja, ausente de compañías, de vuelos de luciérnaga, de sirenas enfrascadas en conserva!

Qué clase de cosecha para esta alma que vagará desde hoy eternamente en la ausencia, en la soledad del fin de un mundo que se cierra para siempre.

Calles vacías desde nuestro edificio, calles vacías hasta nuestro edificio. Calles vacías. El mediodía se asemeja a la medianoche en ciertos puntos. Somos los únicos que se mueven en estas latitudes, las únicas personas que caminan y viven en esta aberrante ciudad petrificada para siempre.

Sí, en la ciudad.

La ciudad perceptible está configurada por aparatos. Se percibe, por ejemplo, habitando las vías del tren —de un tren que estuvo siempre—, en vías de hurgar en la búsqueda y nunca renunciar a la búsqueda. A pesar de sentir empatía hasta con la lombriz masacrada por las hormigas de Ireneo. Justamente por ello.

Por esto, por la búsqueda, amamos la ciudad, se "dicen", para darse fuerzas, los buscadores de las llaves del Edén, por esa ciudad que desconocemos. Una ciudad no existe en sí misma. No es más que un fenómeno colectivo, un entramado, una fantasmagoría. Por esto calman el ansia la existencia de héroes —y heroínas—de pasajes y callejones, de miradores encorsetados, sesgados, deshilachados —realidades bukowskianas, dice un borracho—, seres capaces de hurtar una verdad a la vida, violentas cuatro letras, sin ganas de proclamarse nada. Nos enamora su inmensidad, su irreconciliable libertad.

Hay épocas dentro de la ciudad donde hay elementos que se hacen perceptibles y otros invisibles, de acuerdo al "aparato" históricamente dominante. Hay épocas en que la poesía anda sin brújula y hay que buscarla en páginas policiales. La visión de una

ciudad está limitada por los aparatos por los que se la percibe. Su arquitectura, su organigrama urbano, qué lugares se resaltan, cuáles se esconden.

Hoy las ciudades se perciben desde pequeños artilugios de bolsillo. El panorama, como han dicho, es el de una mónada leibniziana. Pero lo de mónadas sin ventanas es un término a medias, porque siempre algo está penetrando, aunque no se deje trasvasar en reciprocidad siempre algo está recibiendo el hombre, la máquina deseante.

Se puede mirar hacia dentro, pero no hacia afuera. El interés por el panorama es ver la verdadera ciudad. La ciudad en la casa. La experiencia que un hombre puede tener del mundo se limita a la esfera privada, disociada de la esfera colectiva. La experiencia del individuo no se puede integrar a la experiencia colectiva.

La dimensión social —urbana— ya no es constitutiva de una singularidad. El pueblo pasa a ser la gente, y la gente, el individuo multiplicado hasta el hartazgo. La psique individual sufre los acontecimientos, más que experimentarlos. Los encuentra enlatados, digeridos, metabolizados. El hombre camina sobre huellas prefabricadas, entre las paredes de los medios de comunicación y el contacto con una muchedumbre muerta.

La filosofía de la ciudad ausente, paranoica, detenida en el tiempo, reloj de arena sin arena, sin reloj. En la ciudad, en esta ciudad. Medianoche en el jardín de la nada, caminando, pateando la vida en un estacionamiento vacío, con paredes pintarrajeadas de aerosol, contando historias suburbanas.

El poeta es también un hombre de muchedumbres. La muchedumbre zombi del fin del mundo, que no se constituye en grupo salvo por pequeños choques de realidades, incidentes que a esta altura de la historia sólo parecen suceder en los laboratorios, en los claustros, en escenarios post-apocalípticos, en una ciudad donde pasa el tiempo, pero todo está como estuvo siempre, anclado, retratado por algún cavernario hombre.

Hay un velo que a la vez esconde la realidad de la ciudad, su

brutalidad, engullendo lo excéntrico, pero al mismo tiempo actúa exponiendo tal o cual singularidad, haciéndola comparecer como un fantasma desnudo. El mundo de los pasajes reniega del esquema geométrico por el que se explica el urbanismo, transformando las realidades en relatos, los relatos en fantasmagorías. La masa concentrada en los pasajes genera el fetiche, dijo uno de los hermanos Marx, creo que Karl. El fetiche de la mercancía redunda en la prostitución.

La ciudad no puede ser conocida, puesto que, sobre ella, en ella, deambulamos dormidos, en una ensoñación colectiva, una narración susurrada suavemente al oído que nos dice, hoy, que esto — y no esto— es la ciudad. Pero el poeta es también un conspirador, reconoce y no es reconocido, con su mirada fija en un objeto vagabundo, que fluye en el devenir.

Palas atenea, war goddess, art goddess, wisdom goddess! Come and save me!

El cuerpo es un palacio industrial; la mente, una fábrica. Oh, diosa, sálvame de esta locura, de este laberinto donde todo es un eterno desentierro, arqueología barata. Sálvame de Dédalo, traicionero asesino de pájaros, esclavo de vicios, perversiones y putrefactos celos, sálvame. De este ser que tan merecidamente fue atrapado y condenado por los Jueces del Infierno, por favor querida diosa, sálvame. Guíame, muéstrame dónde, dónde hallar mi Ariadne por favor, sácame. Soy un pobre minotauro, una simple bestia. Mátame. Hazme nacer.

Espero, mientras tanto, aunque sé que de alguna forma tu respuesta no va a llegar por los canales acostumbrados y es algo que habrá que buscar de refilón, quizás entrelíneas. Por lo pronto, tal vez sea mejor salir de esta playa de cemento. Un paso a la vez, algo se aclara con el simple transcurrir, y aunque fuere una falsa pista es todo lo que hay. Caminar, vivir.

El día de Adela

Marina Klein

El sujeto sale del subte. El sol le va alumbrando la pelada de forma lenta mientras la escalera mecánica se desliza en sentido ascendente.

Camina dos pasos hacia adelante por la inercia del movimiento pero se da cuenta que está perdido. No desorientado como pasa habitualmente cuando uno llega a la superficie, sino perdido de verdad, en un lugar desconocido.

El sueño le había ganado la batalla en el vagón. Cuando despertó se abalanzó hacía la puerta y de ahí hacia el andén y de ahí hacia las escaleras mecánicas y de ahí hacia la calle y de ahí hacia el abismo de sí mismo.

Queda petrificado en la mitad de la vereda mientras la gente le pasa por los costados o se lo lleva puesto.

Se da cuenta que no sólo no sabe dónde está sino que tampoco recuerda muy bien dónde debería estar o para qué estaba en el subte o hacia dónde iba ni de dónde venía o a qué hora tenía que llegar a alguna parte.

Cierra los ojos y sigue sin moverse. Pone su cara hacia el cielo para que el sol lo revitalice. El sobretodo negro se despliega con el viento y se hace como alas de murciélago.

Pasa un rato inerte. Gira de a poco abriendo los ojos y sintiéndose nuevamente vivo. Desde la vidriera que le sirve de espejo, la de Farmacity, lo mira un pelado moreno igual a él en un montón de años.

Se da cuenta que ese montón de años ya pasaron y ése es él hoy, ahora, en este momento.

Se acerca a la vidriera y se mira más detenidamente conteniendo el asombro. Observa el sobretodo, la cara cruzada por algunas

arrugas, los ojos medio achinados, el cuerpo un tanto encorvado, los pantalones grises, los zapatos atados.

Busca en su muñeca el reloj pero no lo encuentra.

Es llevado nuevamente al abismo de sí.

Trata pensar qué hacer. Mira alrededor para pedir orientación. Busca alguna cara amable en la ciudad. Demora pero llega. Aparece una parejita de unos veinte años, chico y chica, les pregunta qué día es, más o menos qué hora y en dónde está.

Es 22 de junio del año 2018, le contestan sin reírse y sin encontrar absurdas las preguntas. Son las diez de la mañana y está en Villa Crespo.

Le preguntan si se siente bien, si necesita algo, si quiere que llamen a alguien.

Él no sabe muy bien qué contestar. Se siente bien pero no sabe si necesita algo o a quién podría llamar.

Asiente con la cabeza y agradece como para desligarlos de toda responsabilidad así pueden continuar con su marcha.

Camina hasta la esquina para salir de la avenida y dobla por Malabia. Media cuadra después vuelve a detenerse frente a la parada del 109.

En el escaloncito del umbral de una puerta de hierro negra con rejas, se sienta. Apoya sus manos huesudas en el mármol frío. Siente extenderse sus dedos y abarcar toda la superficie a la que pueden aspirar. El viento sigue y le da la sombra. Hace frío y se siente helado.

Su mente es una laguna blanda.

Las manos le tiemblan un poco cuando las separa del escalón.

Piensa en Adela, su chica de pollera blanca y piel morena.

Recuerda su pollera, el color de su piel y de su pelo, el aroma

dulce que exhalaba su cuerpo en cada giro. Pero en su recuerdo él es un chico también, es el chico de Adela, y la vidriera, espejada por la luminosidad del día, le acaba de confirmar que de eso hace mucho. Lo que pasó en el medio se le escapa.

Le viene un flash.

Es de tarde en alguna parte del conurbano. Se da cuenta de eso porque las casas son bajas y al fondo de la calle hay un descampado donde el sol se pone y todo queda naranja en el horizonte y arriba el cielo es celeste casi transparente y algunas nubes mínimas andan por ahí como para confirmar la veracidad del recuerdo y del relato que en su mente relata el recuerdo.

Están sentados, él y Adela, en el escalón de alguna vereda. También tienen las piernas flexionadas como él ahora pero parece que hace calor porque están vestidos de verano y ella está con sus sandalias amarillas de tiritas finas y trenzadas.

Están hablando bajito y no puede alcanzar a oír su propio diálogo dentro del recuerdo y sólo se queda de turista en su propia mente.

Trata de recuperar su nombre de esa escena pero no puede, sólo el de Adela es patente. Él se desdibuja de sí mismo y toda densidad resulta volátil.

Puede sentir el olor de jazmín del país y sentirle la respiración cerca, puede bucear en cada frente de cada casa de esas veredas y hasta distingue los pastos altos del baldío del fondo pero no sabe quién es él o cuándo fue eso o dónde estará Adela ahora.

Se queda inmóvil un rato más.

Revuelve en los bolsillos en busca de alguna pista pero están vacíos. Los del pantalón y los del sobretodo. Tiene una tarjeta SUBE pero no le aporta mayores datos.

Se restriega la cara, se frota los ojos. Cruza a la vereda del sol.

Vuelve a sentarse sobre un escalón frío.

Se deja estar.

Viene otro flash.

Es un flash sexual. Adela está desnuda arriba de él y hacen el amor. Es una habitación que recuerda pero no sabe de dónde. Le ve el pelo que le cae por los hombros y la cadera moviéndose lentamente. Ve las tetas que suben y bajan dulces y los ojos entrecerrados. Siente completamente el calor de ella rodeándolo.

Se avalancha sobre ese recuerdo y se mete en él como un hueco. Quiere quedarse a vivir ahí, en ese cuarto, en esa cama debajo de Adela.

Y ahí permanece, en un espacio donde Cronos no reina, en la vereda del sol con los ojos cerrados, el cuerpo hecho un ovillo, en el vientre del recuerdo.

La gente pasa y ni lo ve.

La ciudad sigue su ritmo.

Los autos aceleran, algunos conductores tocan bocina, silban ambulancias a lo lejos, se escuchan las puteadas de alguno y él sigue ahí. Ajeno a todo tipo de banalidad o de transcurrir en ese tiempo que le es ajeno.

Al cabo de un rato impreciso se levanta y camina sin dirección. Da vueltas manzanas, pasa por bares, por plazas, por gente, cruza calles, mira los colores de los semáforos y nada le significa nada. Es un ser sin significantes en este plano del mundo.

Sigue en su mente con Adela, como si ella caminara a su lado.

Pasan horas, el sol ya está arriba de todo y casi no hay sombra en la plaza donde se sienta. Elije un banco de cemento ancho, al lado del caminito de piedras color ladrillo y se queda absorbiendo los rayos de forma mansa y alegre.

Sigue invisible a los demás.

Cierra los ojos con la cara volteada hacia el astro amarillo de

invierno y siente una puñalada en el pecho. Algo le quema duro. Se mira. No hay sangre ni nada ni nadie alrededor que haga pensar que van a hacerle daño.

Es un reflejo corporal. Algo que es previo a la construcción del recuerdo. Algo que la memoria activa sola.

Segundos después sí viene el recuerdo completo con sus imágenes, sonidos, sensaciones, olores, gritos, palabras.

Es otra vez el mismo cuarto. Adela está durmiendo enroscada en su cuerpo. La sensación es placentera pero no calma. Trata de indagar por qué. Él piensa que si se duerme así con una mujer, después de hacer el amor como acaban de hacerlo, debe ser el nirvana. Pero no. Hay algo que no puede definir en el aire. Una tensión que se le escapa.

Pasan unos segundos más y un ruido venido desde ahí mismo le destroza el cerebro. Una puerta abierta a patadas, unos tipos armados, algunos vestidos con uniformes militares y otros de civiles, rodean la cama y se dan a la caería fácil de dos aterrorizados.

Adela busca la ropa antes de tratar de defenderse y él, en lugar de eso, le salta arriba a uno de ellos tratando de sacarle el arma. El arma se dispara. Es el dolor que acaba de sentir en el pecho. La sangre le sale por todos lados y la conciencia se le apaga.

Cuando despierta, no sabe cuánto tiempo después, ya no hay nadie.

Adela ya no está. Se la llevaron.

El sol sigue ahí, calentando las lágrimas que le llenan la cara.

Sabe que nunca más volvió a ver a Adela. Que su cuerpo hermoso fue hecho trizas y que nunca se supo dónde fue a parar.

Que nunca pudieron despedirse, que nunca pudo ver una tumba, que nunca un montón de cosas que la muerte traga.

Siente lo áspero del banco debajo de las palmas de sus manos.

El dolor en el pecho por la falta de Adela es más intenso que el de la bala que lo atravesó aquella vez, hace casi cuarenta años.

Abre los ojos y recuerda todo. Su nombre, su edad, Plaza Irlanda, Caballito, el día que es, de dónde venía y hacia dónde iba.

Se levanta y todavía llorando enfila hacia su casa con paso pesado.

Cuando llega a Pompeya después de atravesar la ciudad, agarra la llave que dejó abajo de una piedra en la entrada. Encuentra en la mesa de la cocina sus documentos, el teléfono celular, la billetera, el reloj y el sobre con la nota que siempre guarda para sí mismo.

Lee la nota aunque ya es innecesario, ya sabe todo, recuerda todo y sólo espera la próxima vez en la que pueda perderse en la memoria, que los lazos con la temporalidad no lo amarren y pueda volver a Adela que se mantiene tan viva y linda como siempre en ese espacio-mundo que él reserva para ella en sí mismo.

"Si alguien me encuentra perdido por favor denme esta nota que yo sabré qué hacer". Dice el sobre.

"Soy Pedro, carta a mí mismo (me hablo en tercera persona, no sé por qué pero no te preocupes):

Si estás leyendo esto es porque entraste en uno de tus lapsus y te perdiste. No te preocupes, en cualquier momento la realidad va a volver a ser la misma de siempre con toda su desagradable faz.

Si te sentís muy perdido volvé a la casa de los viejos en Pompeya que las llaves están en el mismo lugar de siempre. Ahora la casa es tuya.

Los documentos y todo lo demás están en el bolsillo derecho de atrás del pantalón (siempre, menos en los momentos que salís a perderte).

Sufrís (sufro) estos lapsus cada tanto así que te hago un breve recuento para que no te sientas tan perdido:

Naciste (nací) en 1954, tu nombre es Pedro Molina, mamá y papá murieron hace tiempo pero no te preocupes que fue de buena vejez. Si te asoma el recuerdo y la angustia de Adela es porque ella ya no está, se la

llevaron en el 78 y solo sabemos que fue vista por última vez en el Pozo de Banfield. Sí, podés llorar todo lo que haga falta. Igual la realidad no va a dejar de ser lo que es.

Después del tiro que recibiste ese mismo día que la secuestraron y que creyeron que te ibas a morir desangrado, conseguiste llegar (no recuerdo muy bien tampoco cómo, aunque mientras escribo esto estoy en uno de los raptos de lucidez) a la casa de una compañera cerca del cuarto en el que vivían en Lomas –Denise ¿te acordás, la rubia?- que te ayudó con la recuperación. Unos días más tarde, en la clandestinidad, conseguiste llegar a Brasil y ahí viviste un tiempo. Seguiste un desordenado periplo por algunos países de Sudamérica y al final volviste en el 87. Desde ese momento hasta éste trabajás en la cerrajería que era de papá.

A veces decidís dejar todo lo que confirme quién sos sobre la mesa y salís a la ciudad a perderte en los recuerdos y a que la nebulosa de la mente te absorba, porque es en el único lugar donde podes volver a verla. Lo llamas "El día de Adela". Disfrutás de ese encuentro, volvés a sentir su olor, su calidez y su cuerpo, y después todo se derrumba otra vez, irremediablemente.

De a poco las piezas del rompecabezas se vuelven a encajar y en un rato vas a tener conciencia de todo, semejante a cualquier mortal. Y todo lo que te (me) acabo de decir va a ser palpable".

Pedro se mira al espejo y sonríe con una mueca por el juego triste que acaba de jugarse a sí mismo.

El mundo sigue siendo el mismo lugar sin sentido.

Besa los párpados de Adela en su imaginación consiente, se enrosca en su soledad en posición fetal y duerme.

Encuentro de cuatro mujeres en Sarajevo

Eva Bis

Una mujer debajo del velo
negro, toda ella escondida
todo su deseo.
Me gustaría saber cómo guarda sus manos en los bolsillos
cómo sonríe su cadera
si sus rodillas almuerzan una frutilla
roja, cada verano,
si el sol cae en el hueso de su nuca.
Su mirada filosa me traspasa
porque soy cristal:
la otredad pendula entre mis dientes con la gracia
de quien no fue invitada.

Agarrada fuerte de su mano una nena pisa metódica las piedras del camino del mercado de Sarajevo.

Avanza a trancos cortos, creciéndole el alma a la par con su vestido rosado, el viento roto en su pelo (su cuerpo es un cuerpo, aún no es un escándalo).

Nuestras miradas se cruzan, quizás pudiéramos reprocharnos algo: su devenir de otoños crudos, mis primaveras de manual pero sigue su camino, y yo me pierdo para ella.

Entonces noto una muñeca Barbie que se aferra a su mano niña.

Pálida, de pelo indolente y vuelo enquistado en su pollera de brillos

Las curvas plásticas de su cuerpo van a sobrevivir al imperio otomano a las mezquitas, a los templos y a las iglesias que triangulan mi aliento.

La pacífica mirada azul de la muñeca conquista el horizonte y entiendo qué secreto esconde detrás de su sonrisa blanca: de todas las mujeres que reunió sin querer esta esquina, ella es la única que es quien quiso ser.